



La sinología española en el siglo XVIII: novedades y repercusiones

Alfonso Ojeda Marín

Profesor Titular de la Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/eca0.107671>

ES Resumen: La Ilustración aportó valiosas contribuciones a la sinología española. Tras el declive de la información misionera transmitida por el Patronato español, se impondrían las procedentes de otras lenguas e instituciones europeas. El método de estudio se dividió en distintas áreas temáticas y, gracias a las crónicas jesuitas, China no sería ya considerada una realidad cultural herméticamente cerrada, desvinculada del mundo exterior. De ahí que los eruditos españoles contrastasen la civilización sínica con la propia. Sucede que, en algunos aspectos (agricultura, sistema de gobierno, selección de funcionarios, manifestaciones artísticas y literarias, etc.), fue considerada un modelo de inspiración. El fenómeno de la chinería decorativa se impuso en los palacios del rey y la nobleza. Durante el Setecientos España consiguió domiciliar su primera gran empresa en suelo chino y la expedición ultramarina Malaspina-Bustamante intentó consumir una operación mercantil de envergadura al tiempo que recopiló datos sobre Macao y Cantón. Sin embargo, en el último tercio del siglo se incrementarían las críticas al Celeste Imperio, ya considerado caduco e incapaz de seguir la senda de la modernidad.

Palabras clave: Ilustración, sino-manía, universalismo, comercio, chinería.

ENG Eighteenth-Century Spanish Sinology: Developments and Repercussions

Abstract: The Enlightenment gave rise to substantial methodological innovations in Spanish Sinology. Following a sharp decline of missionary news sources dependent on the Spanish Patronage, those originating from other European languages and institutions became predominant. The study methodology was categorized into distinct thematic areas. Due to Jesuit chronicles, China was no longer perceived as a culturally hermetic country, disconnected from the outside world. Consequently, Spanish erudites drew a contrast between the Sinitic civilization and their own. In several respects -including agrarian practices, system of government, merit-based recruitment of public officials, and aesthetic pursuit- China was regarded as a paradigmatic model for European reform proposals. The aesthetic of *chinoiserie* was widely adopted as a hallmark of royal and noble distinction. During the 18th century Spain established its inaugural major commercial enterprise on Chinese soil; concurrently, the Malaspina-Bustamante overseas expedition sought to execute a large-scale mercantile operation while also accumulating intelligence regarding Macau and Canton. However, criticism of the Celestial Empire dramatically increased in Europe during the last third of this century, as China was considered outdated and incapable of embracing modernity.

Keywords: Enlightenment, Sinomania, Universalism, Trade, Chinoiserie.

1. Introducción

Los estudios de sinología hispánica aparecen ante nuestra vista un tanto descompensados. Si examinamos los análisis y crónicas al uso advertiremos que los siglos XVI y XVII, tan gloriosos y fecundos para el conocimiento común, brillan con especial vitalidad, mientras que palidecen durante el siglo y medio siguiente. Se podría afirmar que la centuria dieciochesca, la que verdaderamente estimuló la apetencia intelectual de una Europa racionalista e ilustrada, marca el declive del interés español por el imperio del dragón.

Sin embargo, la realidad difiere notablemente de la impresión inicial. Al examinar las dimensiones intelectuales, políticas, mercantiles, científicas, artísticas y viajeras del vínculo hispano-chino, se constata la inexistencia de un vacío o desinterés español hacia el país asiático. Dado que se trata de un campo de estudio apenas explorado, este trabajo ofrece una visión de conjunto con el fin de incentivar investigaciones más completas y detalladas.

En lo que respecta a la recepción del conocimiento chino, todo el siglo XVIII debe valorarse como una época de transición. La opinión general transitó desde la admiración y el elogio durante casi dos terceras

partes de la centuria, hasta la crítica y el menosprecio durante su período final. Entre esas reacciones iniciales y finales se alternaron tanto las visiones positivas como las negativas. Tales claroscuros, tan bien advertidos por la intelectualidad española, son los que van a merecer aquí una atención prioritaria.

La Ilustración abrió la puerta al conocimiento sin fronteras. Perseguía el saber universal, un conocimiento racional que se alejase tanto las supersticiones religiosas o populares, como del dogmatismo científico, al tiempo que preconizaba el progreso individual y colectivo. España participó en todo este movimiento ilustrado, aunque se dotó de algunas características propias. Ante todo, la Iglesia católica blindó las creencias religiosas frente al auge europeo del agnosticismo o de un deísmo amorfo y hasta cierto punto contemporizador. Desde el punto de vista político, la corona española había asumido la política del despotismo, o si se quiere, del absolutismo ilustrado que, como luego veremos, tenía sus semejanzas con el poder absoluto del emperador Qing. La cultura, las costumbres y el arte asiático se incorporaron a la vida cortesana. Luis XV de Francia era “el más asiático” de los reyes occidentales y al Marqués de la Ensenada se le motejaba como el “Gran Mogol”¹.

Paralelamente a los círculos palaciegos, los intelectuales advirtieron el atractivo de insertar referencias sinológicas a sus escritos. La tendencia simbolizaba un rasgo de erudición al alcance de pocas personas. Las principales obras españolas surgidas al calor de la Ilustración mostraron la temática china de manera más especializada, más detallada y definida. A partir de entonces se cultivaría una rama específica del conocimiento con mayor profundidad. Así se explica la concentración de saberes en una disciplina: Pedro Murillo Velarde se interesó por la geografía histórica de China; Lorenzo Hervás y Panduro por la lengua china, sus dialectos y el parentesco con otras lenguas vecinas; Juan Andrés estudió la historia de la literatura sínica, mientras que Antonio Eximeno puso toda su atención en la faceta musical. Al margen del clero, el ilustrado Juan Álvarez Guerra se sumó a los elogios que la fisiocracia francesa había dispensado al cultivo de la tierra practicado bajo la dinastía Qing. Y algunos economistas españoles conocieron la estructura socioeconómica china gracias a las publicaciones de sus colegas galos. Si se examina con atención el pensamiento de los citados ilustrados, a los que debe unirse las opiniones de Benito J. Feijoo y Juan Pablo Forner, llegaremos a la siguiente conclusión: la milenaria civilización china aportó significativas contribuciones a la humanidad. Avanzó más rápido que Occidente, pero también se estancó en el desarrollo de sus ciencias, sus manifestaciones literarias y artísticas, siendo incapaz de evolucionar hacia metas más ambiciosas.

Como última significación introductoria, el siglo XVIII español no solo se caracterizó por facilitar un impulso al estudio y a la divulgación de la realidad china, también supuso un avance en los contactos de carácter comercial, científico, artístico y social.

2. El impacto de la sino-manía europea

La fascinación europea – y por extensión hispana – hacia el Celeste Imperio empezó a cobrar su máxima expresión a partir de los tres últimos lustros del siglo XVI gracias a un escritor agustino que nunca pisó el territorio chino, aunque logró reunir un considerable material informativo, básicamente español, portugués e italiano. Aludimos a Juan González de Mendoza, quien publicó *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China* (Roma, 1585). A juzgar por sus numerosas versiones (en castellano, italiano, francés, inglés, alemán, latín, neerlandés) y las sucesivas ediciones o reediciones a lo largo de los siglos XVI y XVII, se convirtió en el libro más popular del hemisferio occidental después de *Il Milione* de Marco Polo y Rusticello de Pisa. Aun así, transcurrido medio siglo, envejeció tanto que fue superado por los de los jesuitas europeos que habían vivido, examinado y contrastado la verdadera especificidad sínica *in situ*. A diferencia de Mendoza, ellos acopiaron datos directamente procedentes de las esferas cortesanas, administrativas, intelectuales y populares.

Gracias a la labor misionera e intelectual de la culta y no menos disciplinada Compañía de Jesús, se renovó el interés por transmitir los saberes sinológicos de significado político, moral, filosófico, literario, lingüístico y cultural. No pocos intelectuales occidentales buscaron con ahínco un modelo de gobierno donde poder garantizar la estabilidad política y el progreso. Ellos anhelaban un prototipo de gestión pública estable, duradero y propio de su tiempo, estructurado sobre una eficaz cadena de mando. Comprobaron que el sistema imperial chino se había mantenido sólido, estable y fidedigno durante varios milenios. Pese a toda su inmensidad territorial, el gobierno central y su poder periférico se extendían por todo el país a través de una jerárquica y bien ordenada red de “mandarines”, es decir, el personal letrado al que se les encomendaba la ejecución de los asuntos políticos y administrativos. Ellos habían accedido a la función pública por méritos propios, a través de selectivos exámenes, y no como en Europa donde se privilegiaba el linaje, la nobleza de sangre y los privilegios hereditarios. Sucede que el Siglo de la Razón proporcionó una visión tan entusiasta e irreal del mandarinato, que dejó en el penumbra ciertos privilegios equivalentes a los que disfrutaba la nobleza europea (salario superior a la clase común, dignidades exclusivas y excluyentes, posesión de tierras, privilegios judiciales y carcelarios, etc.), al tiempo que compartían similares pautas de comportamiento (semejante estilo de vida, inclinación a la venalidad, ideología tradicionalista, alejamiento de la plebe). No es de extrañar que se haya calificado el sistema burocrático chino de “aristocracia intelectual cerrada”².

Todo ese empeño por sublimar la realidad sínica terminó por desfigurarla, engrandeciéndola mediante interpretaciones deformadas, cuando no exageradas, sin que se prestase atención a sus defectos, a sus vicios estructurales y prácticas venales, que no hicieron sino frenar el progreso nacional, como se

¹ Téllez Alarcía, 2010: 107.

² Balazs, 1966: 27.

demostraría a mediados del siglo XIX, cuando las guerras del opio sacaron a la luz los secretos de su extrema fragilidad.

Conviene advertir otra nota característica de la *sino-manía*. Por mucho que se divulgasen noticias laudatorias durante dos terceras partes del siglo XVIII, la admiración europea al país asiático no fue completa, ni compartida por todos, ya que también se difundieron opiniones críticas. El barón de Montesquieu, por ejemplo, manifestó su absoluta disconformidad hacia modelo gubernamental del Celeste Imperio. En cambio, influyentes pensadores franceses (Voltaire, Denis Diderot, Jean le Rond d'Alembert), ingleses (Matthew Tindal) y alemanes (Gottfried Leibniz y Christian Wolff) mostraron su resuelto apoyo al modelo gubernamental, burocrático y social.

La fascinación por el saber chino permeó incluso disciplinas experimentales, tales como la medicina, la astronomía, la física y química. El médico aragonés Andrés Piquer quiso desentrañar los secretos de la preciada porcelana china en su libro *Física moderna, racional y experimental* (Valencia, 1745). Realmente, Piquer desconocía la verdadera naturaleza de la arcilla blanca, originariamente extraída de una colina alta (*Gāo lǐng*), que se conocería como caolín:

La porcelana de la China se hace de una arena finísima, y transparente, que se halla entre algunos peñascos. Los chinos la empedernecen, mezclándola con una tierra untuosa que le da consistencia, y forman vasos que cuecen por quince días al horno, los cubren con cierto barniz, y adornan con diferentes pinturas. El modo con que los chinos la fabrican puede verse en las Cartas edificativas, y curiosas de los PP. misioneros de la Compañía de Jesús. Así, para la hermosura de las fábricas y su firmeza contribuye mucho la diversidad de las arenas³

3. El declive de la actividad evangelizadora española

Una vez los misioneros vinculados al *Padroado* portugués y al Patronato español hubieron removido los grandes escollos – lingüísticos, sociales y culturales – que impedían integrarse en la comunidad china, surgió una inoportuna y no menos agria polémica entre la Compañía de Jesús y las órdenes religiosas mendicantes (dominicos y franciscanos), cuyo desenlace no hizo sino arruinar las prácticas evangelizadoras a lo largo del siglo XVIII. La naturaleza de esta querrela misionera se resume así: ¿Cómo compaginar el mensaje cristiano con la ideología neoconfuciana arraigada en la sociedad Qìng? Los jesuitas habían adoptado una estrategia flexible de evangelización, que se amoldaba a las tradiciones y creencias de la población. He aquí la llamada política de acomodación, mientras que los frailes dominicos (Orden de Predicadores) y los franciscanos estimaban que esa política afectaba negativamente al dogma de la Iglesia romana. Planteada la “controversia de los ritos” en términos inconciliables, se apeló a la autoridad del papado, no siendo otra decisión que la de condenar los ritos chinos en 1704, condena ratificada en 1742. El emperador Yongzheng juzgó la intervención papal como una clara intromisión en su soberanía, hasta el punto de expulsar, en 1724, al catolicismo de sus límites imperiales. Los españoles no tuvieron más remedio que abandonar el país o malvivir en la clandestinidad, realizando una sigilosa labor misionera, mimetizándose con el pueblo para no levantar sospechas, arriesgándose a ser detenido, encarcelado y expulsado a Macao, incluso a ser decapitado o ahorcado, como sucedió con algunos dominicos, entre otros, Pedro Sans i Jordá y Francisco Serrano Frías.

El capítulo español perteneciente a la orden franciscana también sufrió duras adversidades. De hecho, los frailes Diego de San José, José Bornay, Juan de Villena o Juan Bautista Ortuño, por citar unos cuantos, se enfrentaron a severas prohibiciones para ejercer el culto religioso. Aún más, tuvieron que afrontar persecuciones, saqueos y, entre los agustinos españoles, apenas fructificó la tarea misionera de los recién llegados, como Francisco Fontanilla, Fulgencio Rubio e Ignacio Fontanilla, debiéndose replegar a lugares más seguros⁴. Bajo esa atmósfera tan enrarecida, la estrategia misionera se reformuló en el sentido de seguir prestando, aunque de manera clandestina, la atención espiritual a los fieles ya convertidos, antes que aventurarse a iniciar arriesgadas labores de proselitismo con personas no fiables. Tales adversidades explican la escasez de fuentes directas del clero español concernientes a los estudios sìnicos, pues como acertadamente se ha afirmado:

Consecuencia de esta crisis es el cambio que experimentan las fuentes. En primer lugar, la cantidad de escritos sobre China es menor que en el siglo anterior, debido a la escasa presencia de misioneros. Además, son generalmente escritos breves y menos sistemáticos, y una muestra de ellos se constata en la falta de publicaciones de este tipo de obras a lo largo del siglo XVIII. Finalmente, por lo que se refiere al contenido, los escritos del período se caracterizan por la casi exclusiva referencia a la evolución de las correspondientes misiones⁵

Solamente quedaron al margen de las represalias los jesuitas que prestaban servicios intelectuales, culturales, científicos y técnicos en la corte imperial. Ellos fueron los que crearon una narrativa “edificante”, novedosa, sugestiva, favorable a un nuevo despertar de la curiosidad occidental.

³ Piquer, 1745, t. 1: 392. Sin embargo, Murillo Velarde (1752: 135) sí acertó a llamar esa tierra arcillosa “Kaolín”. Por lo demás, Piquer también quiso enriquecer su tratado de física moderna haciendo alusión a la “antiquísima” invención china de la brújula, la cual “no se usó en Europa hasta el año 1302” (Piquer, 1745, t. 1: 416).

⁴ Ares, 1958: 324.

⁵ Martínez Robles, 2002: 384.

En resumidas cuentas, a mediados del Setecientos, el protagonismo de la sinología estaba en manos de la influyente orden jesuita. Sin embargo, una serie de acontecimientos marcaron un histórico cambio de rumbo. Desde 1705-1706 la Curia Romana fue extendiendo sus áreas de influencia sobre los católicos chinos⁶. El golpe definitivo llegaría en el año 1773. El Sumo Pontífice decidió suprimir la Compañía de Jesús. Ahora bien, lejos de finalizar la difusión de noticias, algunos diplomáticos, comerciantes, intelectuales y viajeros tomaron el relevo informativo a través de unas crónicas o ensayos que, con cierta frecuencia, resultaban desfavorables al país asiático⁷. Durante las postrimerías del siglo ya se divulgaba, con indisimulada jactancia, la superioridad occidental en las ciencias, la tecnología y en algunas manifestaciones artísticas.

4. Edición de la célebre gramática china de Francisco Varo en 1703

Los albores del Setecientos depararon alguna que otra agradable sorpresa al entendimiento hispano-chino. Ya desde los primeros contactos se sintió la apremiante necesidad de configurar una metodología dirigida al aprendizaje de la lengua china. Ardua labor fue la de proporcionar unas reglas configuradoras de la expresión lingüística mandarín y dialectal. Esta tarea, alimentada por otros intentos previos, terminó por imprimirse, facilitándose así las bases y los elementos organizativos del idioma chino. Debe aclararse que el contexto político-religioso todavía resultaba favorable, pues durante las primeras décadas del siglo XVIII aún no se habían recrudecido las persecuciones religiosas.

Aludimos a la primera gramática de lengua mandarín publicada en China. Su autor, el misionero dominico Francisco Varo (1627-1687) terminó por redactarla en 1682. Una vez fallecido, el franciscano Pedro de la Piñuela se ocupó de revisarla, ampliarla y, finalmente, editarla en el año 1703, siendo impresa en el taller xilográfico parroquial de Cantón. Se trata de *Arte de la lengua mandarín*. Varo afirmó en su texto preliminar que la lengua mandarín está dotada de muchas reglas convencionales susceptibles de componer una gramática: “[...] sentir absoluto y resuelto, ha sido y es de algunos ministros [de Cristo] que el idioma sínico general de este imperio no tiene arte [gramática], ni reglas [...] lo dificultoso no es imposible”⁸. Este aserto cobra un valor especial, pues ciertos jesuitas dotados de gran erudición sostenían que el idioma chino estaba condenado a ser desordenado y agramatical. Defendiendo esta misma opinión, Joseph H. Marie de Prémare S. J., autor del manuscrito *Notitia Linguae sinicae* (1736) argumentaba que no era posible disciplinar el idioma chino bajo un conjunto coherente de reglas⁹.

Modernamente, Paul Pelliot, Giuliano Bertuccioli y Luisa Paternicò, entre otros, parecen desafiar la creencia de que los eruditos de la Compañía de Jesús abogaron por la agramaticalidad del chino, ya que citan al jesuita italiano Martino Martini como autor de la primera gramática china. Bertuccioli sostiene que el manuscrito original se perdió, aunque pudo divulgarse mediante copias y ulteriores modificaciones, quedando desprovisto de toda publicación¹⁰, mientras que Pelliot otorga la máxima probabilidad a Martini como artífice de una gramática china aparecida en la heterogénea obra sobre crónicas viajeras publicada en 1696 bajo el título *Relations de divers voyages curieux [...]*, que se encargó de editar Melchisédec Thévenot¹¹. En cambio, Paternicò muestra su más firme convicción en atribuir a Martini la autoría de esa gramática, versionada como *Grammatica Linguae Sinensis*, que se editó en el segundo tomo relativo a *Relations de divers voyages curieux*. Con otras palabras, la gramática atribuida a Martini fue publicada siete años antes de publicarse la de Varo¹². En cualquier caso, queda al margen de cualquier duda que la primera gramática china formalmente publicada en el Celeste Imperio corresponde a Francisco Varo.

5. Benito J. Feijoo y su actualización de los conocimientos sinológicos: elogios, críticas y análisis comparativos

El anhelo por descubrir los arcanos de la civilización sínica siguió su curso a lo largo de la España dieciochesca, si bien condicionado a la presencia de nuevos componentes descriptivos del innovador rumbo. Sin abandonar las visiones y percepciones eurocéntricas, los intelectuales aportaron un nuevo método al análisis de los contenidos temáticos. En efecto, ya no interesaba tanto las descripciones someras, generalistas, y a veces superficiales, como habían hecho los cronistas anteriores, tales como Rada, Loarca, Ribadeneira, González de Mendoza o Herrera Maldonado; antes bien, cobraban valor los planteamientos específicos, los estudios más precisos e incluso más elaborados. Por añadidura, los escritores españoles propiciaron un cambio fundamental en sus fuentes cognoscitivas. Mientras que en los siglos previos las publicaciones se cimentaron sobre una documentación genuinamente ibérica, ahora esos eruditos que, por cierto, jamás pisaron suelo chino, buscarían material bibliográfico, manuscritos, noticias e informaciones divulgados principalmente en Francia y la península italiana, incluyéndose los Estados Pontificios.

El más conspicuo y prolífico representante de la Ilustración temprana española es el fraile benedictino Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764), un sabio y lector impenitente, cuya narrativa literaria se mueve con soltura entre la generalización y la especialidad. Dado que su obra cumbre, *Teatro crítico*

⁶ Waley-Cohen, 1993: 1532.

⁷ Waley-Cohen, 1993: 1534.

⁸ Véase el Prólogo del *Arte de la lengua Mandarín*, Cantón 1703.

⁹ Lundbaek, 1976: 326.

¹⁰ Bertuccioli, 2003: 630.

¹¹ Dato aportado por Bertuccioli, 2003: 639.

¹² Paternicò, 2012: 345-347.

universal (1726-1740), suscitó numerosas críticas, él tuvo que acudir nuevamente a la imprenta para contrarrestarlas, recurriendo a las réplicas y a las aclaraciones complementarias. Esas nuevas opiniones y contrarrestos proporcionaron una mayor precisión y profundidad a la obra originaria. *Teatro crítico universal* lleva incorporado un subtítulo de lo que el autor pretendía aportar al panorama intelectual y literario español: *Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*. Esta voluminosa obra, aparentemente enciclopédica, aborda los diversos campos del saber y de las actividades humanas, lo que implicaba un avance frente al desconocimiento o las supersticiones que lastraban los avances de la intelectualidad española. *Teatro* carece de estructura ordenada y sistemática, por lo que se asemeja más a una heterogénea amalgama de conocimientos, doctrinas, percepciones, y hasta de directrices destinadas a revitalizar la conciencia española. Algunos escritores de su siglo, como el ultraconservador José Francisco de Isla, criticaron el afán de Feijoo por revisar las supersticiosas costumbres populares. Por su parte, Diego de Torres Villarroel, ironizó sobre el empeño de exponer doctrinas científicas tan alejadas de la tradición española. Hasta José Cadalso le recriminó hablar de la medicina sin dominar la profesión médica. Así y todo, al sabio benedictino le corresponde el mérito de compendiar una suerte de datos dispersos, actualizados, con base en la razón y la solidez de los avances científicos. China no podía quedar ausente de todo el planteamiento. En algunas cuestiones, tales como la agricultura, el Celeste Imperio era un modelo para las monarquías absolutas. Y cuando examinó el supuesto atraso chino en determinadas áreas del saber universal (física, matemáticas, medicina) lo achacó al respeto con el que honraban las teorías de los antiguos sabios. Hasta cierto punto, ese problema también era español¹³: “si en España no es común el mismo vicio, por lo menos es cierto que reina en los más de profesores”¹⁴.

El escritor benedictino profesaba una franca admiración a China y a su esplendor cultural. No obstante, tanto Feijoo como otros ilustrados españoles creían que esta civilización había quedado estancada por culpa de un desarrollo prematuro tan intenso que, a la postre, cegó las expectativas de avance y evolución. El pujante éxito inicial condujo al fracaso, pues el envanecido Imperio del Centro subestimó a los “bárbaros” europeos, cerrando la puerta a la técnica y los avances culturales y científicos occidentales.

De esta manera, Feijoo situó su narrativa en el terreno de la ambivalencia, pues, de una parte, admiraba la “agudeza” y el ingenio chino, calificando de “apoteagma” el siguiente dicho: “los chinos tienen dos ojos, los europeos no más que uno, y todo el resto del mundo es enteramente ciego”¹⁵. Asimismo, ponderó las excelencias de sus estructuras políticas, culturales y sociales:

Su gobierno civil y político excede al de todas las demás naciones. Sus precauciones para evitar guerras, tanto civiles, como forasteras, son admirables. En ninguna otra gente tienen tanta admiración a los sabios, pues únicamente a ellos confían el gobierno... la excelencia de su inventiva se conoce en que las tres famosas invenciones de la imprenta, la pólvora y la aguja marítima [brújula], son mucho más antiguas en la China que en Europa... sobresalen con grandes ventajas en cualquier arte que se aplican¹⁶

Siguiendo con los elogios, ponderó la prudencia y capacidad natural para gobernar con rectitud y sabiduría, una cualidad muy valorada por el Despotismo Ilustrado español:

En esto, como en muchas otras cosas, admiro el ventajoso juicio de los chinos. Isaac Vosio afirma que en los anales de aquella gente no son celebrados los príncipes guerreros, sino los pacíficos; ni logran los vitorios de la posteridad aquellos que añadieron con las armas dominios nuevos, sino aquellos que gobernaron con justicia y moderación los [dominios] heredados. Eso es elegir bien¹⁷

Entre los emperadores dignos de encomio, destacó singularmente a “Yong-Tching” (leáse Yongzheng), “uno de los mayores príncipes del mundo, clemente, benigno, cuerdo y amantísimo de sus vasallos”¹⁸. Incluso lo defendió frente a las acusaciones difundidas por el boletín de noticias más influyente en España, la *Gaceta de Madrid*. Tras fallecer, lo había denigrado como emperador cruel y bárbaro. De acuerdo con el criterio de Feijoo, se trataba simplemente de malentendidos o falsos reproches. La *Gaceta* “usó de informaciones muy contrarias a la verdad”¹⁹.

Tampoco ahorró elogios a las artes decorativas. Cuando la porcelana ya se fabricaba en diversos talleres europeos, el escritor consideró inigualables las chinas: “aunque se imiten en Europa, no pueden superar en belleza y finura a las porcelanas chinas”²⁰.

Tantos mensajes laudatorios exigían la aparición de contrapesos que nivelasen y pusieran equidistancia a su manera de caracterizar el genio chino. Conforme abordaba las ciencias experimentales desarrolladas en el país oriental, por ejemplo, la medicina, el autor recurría a la ambivalencia, dejando traslucir tanto sus

¹³ La medicina española también estaba encadenada al pasado en los inicios del siglo XVIII. De hecho, una carta de la Universidad de Sevilla a la de Osuna recriminaba que la recién creada Sociedad Médica aplicase doctrinas modernas experimentales contrarias a las de Aristóteles y Galeno (Dominguez Ortiz, 1990: 72).

¹⁴ Feijoo, 1753, tomo 8: 309.

¹⁵ El aforismo aparece en *Theatro crítico*, aunque Feijoo quiso resaltarlo en *Ilustración apologética* [...], 1765: 197.

¹⁶ Feijoo, 1769, t. 2: 275.

¹⁷ Feijoo, 1765, t. 3: 312-313.

¹⁸ Feijoo, 1765, t. 6: 24

¹⁹ Feijoo, 1765, t. 6: 24-27, nota (a).

²⁰ Feijoo, 1765, t. 4: 392.

elementos positivos como negativos. Debe advertirse, no obstante, que su valoración carece de originalidad, pues reconoció explícitamente haber seguido las opiniones de los padres Jean-Baptiste Du Halde, Dominique Parrenin, François Xavier d'Entrecolles, y de haberse informado tanto en el *Dictionnaire de Trévoux*, *The Spectator* y en las llamadas *Lettres édifiantes et curieuses*. Entre los pronunciamientos favorables, destacamos el descubrimiento de la circulación sanguínea “más de cuatro siglos antes que se publicase en Europa”²¹, o la doble cualidad de médico y boticario, así como la práctica china de retribuir al médico siempre y cuando el enfermo sane. Pero después de ensalzar la vieja costumbre de tomar el pulso a los enfermos, mostró su absoluto rechazo al diagnóstico de enfermedades bajo esa única práctica²². Aunque la más incendiaria descalificación hacia estos profesionales aparece resumida en los comentarios siguientes:

En cuanto a la teórica de dicha Medicina, según nos la expone el Padre Du-Halde en el tercer tomo de su Historia de la China, pág. 379 y siguientes, parece una cosa tan sin pies, ni cabeza, que solo me atreveré a definirla, diciendo, que es una colección de sueños extravagantes, un tejido de quimeras filosóficas, expresadas con locuciones entusiásticas, acomodadas para alucinar ignorantes, y que nada significan a los inteligentes. Allá han imaginado unos canales o conductos en el cuerpo humano, que ni en los chinos, ni hombre alguno ha visto²³.

... parece confunden los pequeños intestinos con el pericardio; el cual, ni es intestino grande, ni pequeño, sino una membrana espesa, que circunda el corazón. Se ve lo segundo, que, trastornando el sitio de dos principales entrañas, colocan el bazo en el lado diestro, y el hígado en el siniestro: error que apenas se hallará en alguno de nuestros rústicos²⁴.

Las críticas adicionales se refieren al retraso de otras ciencias: “los filósofos de la China también son de sentir que la tierra es plana”²⁵ Esta información había quedado ya muy matizada, pues aun cuando algunos sabios chinos habían insinuado la esfericidad de la tierra, como sucedió con Zhang He (78-139), quien afirmó que la tierra es como la yema del huevo; e incluso Zhu Xi (1130-1200) con su teoría de que la forma del cielo y la tierra es como si alguien uniese dos cuencos; en realidad, los navegantes musulmanes y, particularmente, los astrónomos jesuitas del observatorio pequinés, ya habían revelado la esfericidad de la tierra.

Debe considerarse más innovador y carismático el vivo debate suscitado en torno a una primigenia confluencia entre la escritura egipcia y la china. Feijoo se internó por este terreno bien novedoso, bastante resbaladizo y, en su tiempo, de imposible verificación empírica. Tal vez abrigaba la esperanza de poder introducir en el mundo hispánico la controversia sobre una hipotética conexión genésica entre tales escrituras que, con tanto empeño, defendían algunos intelectuales europeos. La teoría en cuestión consistía en vincular la primitiva escritura egipcia, representada por sus jeroglíficos, con los también milenarios pictogramas chinos, que, como es sabido, posteriormente se enriquecieron con ideogramas y fonogramas. Se trataba, pues, de una sugestiva especulación desprovista de demostraciones concluyentes. Debe reconocerse la audacia de algunos eruditos al conjeturar un parentesco entre dos escrituras bien separadas por otras intermedias a lo largo de una distancia terrestre superior a 7.000 kilómetros o, por tráfico naval, a casi 13.000 millas náuticas. Esta hipótesis pseudocientífica cobró vigor como fruto de dos obras firmadas por el jesuita Athanasius Kircher: *Oedipus Aegyptiacus* (1652-1654) y, sobre todo, *China illustrata* (1667). Le siguieron otros epígonos, como Joseph de Guignes, quien defendió la existencia de arcaicos signos figurativos chinos, los cuales ofrecían similitud con los del antiguo Egipto y Fenicia. Guignes llegó a afirmar que los egipcios llegaron a China en el año 1122 antes de la era común, de manera que se llevaron a cabo contactos mutuos²⁶. Otro valedor de la vinculación egipcio-china fue John T. Needham. Al mismo tiempo se alzaron voces críticas, entre otras, la de Cornelius de Paw y Friedrich Melchior Grimm²⁷. Convertido ya el tema de los jeroglíficos en una polémica de moda, sus ecos se propagaron por la España ilustrada.

Un hito egipciológico arrojaría más luz a los debates. Hasta entonces los sabios europeos tenían un conocimiento bastante limitado de la antigua escritura china y un desconocimiento absoluto del significado que escondían los jeroglíficos. En 1799 se descubrió la esclarecedora piedra de Rosetta, piedra portadora de la escritura jeroglífica, demótica y griega antigua. Más tarde, en 1822, el egiptólogo Jean-François Champollion lograría descifrar la escritura jeroglífica. El trascendental descubrimiento se llevó a cabo 142 años después de fallecer Kircher. Hasta entonces la pretensión de emparejar estas escrituras, tan distintas y distantes, se basaba en las similitudes existentes entre los dibujos de uno y otro país. Semejante método de análisis resultaba por sí solo inseguro, ya que podían coexistir meras coincidencias pictográficas con distintos significados. Ante la necesidad de pronunciarse sobre un tema de candente actualidad, Feijoo obró con cautela. Había confesado desconocer la lengua china: “otros se meten a impugnar, y aún a insultar a Descartes, sin entender más la doctrina cartesiana, que yo la lengua china”²⁸. Estando así las cosas, ¿cuál fue su opinión al

²¹ Feijoo, 1753, t. 4: 290.

²² Feijoo, 1769, t. 2: 276-278.

²³ Feijoo, 1774, t. 5: 262.

²⁴ Feijoo, 1774, t. 5: 263.

²⁵ Feijoo, 1765, t. 3:174-175.

²⁶ Winand, 2023: 330.

²⁷ Winand, 2023: 331-337.

²⁸ Feijoo, 1786, t. 3: 64.

respecto? Ya en el tomo primero de su *Theatro*, el escritor reconocía haber leído *China illustrata*²⁹. Feijoo tildó de “fábula” la pretensión de convertir la escritura jeroglífica en la madre nutricia de la china, concluyendo que “el Padre Kircher quiso que todas las fábulas tuvieran su origen en la lengua o escritura jeroglífica de los egipcios. Para esto era menester, que todas naciesen en Egipto; lo cual está muy lejos de ser verdad”³⁰.

No podía quedar al margen de las discusiones el especialista español en lenguas, Lorenzo Hervás, quien también elucubró sobre la escritura china. Lamentablemente, no conocemos la elaboración completa de su teoría. Tal vez apareciese en su obra, actualmente perdida, *Sobre la escritura china y moral de Confucio*, obra escrita en Cartagena y dedicada al marqués de la Cañada Ibáñez³¹. En todo caso, y con arreglo a su criterio, esta escritura no concordaba con la alfabética silábica, ni con la literaria, aunque sus símbolos eran de clase diferente a los jeroglíficos egipcios. Él la consideraba la “escritura simbólica más perfecta que se conoce por alguna otra nación”³².

Abierto ya el debate en España, otros intelectuales se apuntaron a la estrafalaria teoría del parentesco. El benedictino Martín Sarmiento, por ejemplo, se implicó en la polémica al defender la conexión escritural egipcio-china:

El Padre Kircher y otros muchos creen que los egipcios penetraron hasta [en] la China con su comercio y sus supersticiones. Una y otra Nación usaron de jeroglíficos para explicar sus conceptos en lugar de escritura... lo conjeturo que cuando los egipcios estaban en su mayor auge, y habían inventado ya los jeroglíficos, y antes de la invención de las letras, trajinaban en Oriente y llegaron con sus navegaciones hasta la China. Allí comunicaron sus supersticiones, y aún el modo que tenían de explicar sus conceptos por jeroglíficos³³

6. La Escuela Universalista Española y su interés por China

Es sabido que la segunda mitad del siglo XVIII aportó una visión más monográfica de las áreas de conocimiento. A este rasgo se sumó la afición por los análisis comparativos. En este contexto, el Reino del Centro dejó de examinarse como una realidad cerrada en sí misma para vincularse con el exterior. Los correligionarios de la Compañía de Jesús ya habían ensayado tempranamente el método comparativo, que tantos frutos daría al conocimiento humano. Recordemos a José de Acosta y su *Historia natural y moral de la India* (1590), donde integró a China en el contraste etnológico de las Indias occidentales y orientales. Ahora bien, mientras que Acosta recurrió a las fuentes españolas, la Escuela Universalista consultó básicamente fuentes foráneas. No pudo ser de otra manera, ya que en 1767 el rey Carlos III expulsó a los jesuitas de los dominios españoles, siendo los Estados Pontificios el destino básico de las deportaciones.

A nadie deberá sorprender que los tres máximos representantes de la Escuela Universalista – Lorenzo Hervás, Juan Andrés y Antonio Eximeno – naciesen en España, aunque falleciesen en Roma. Pese a sufrir un amargo exilio, agravado por la traumática supresión de la Compañía de Jesús, continuaron vinculados al estudio. Quizá el desarraigo y la obligada adaptación a una mentalidad ajena los impulsaran a refugiarse en la investigación. Ese peregrinaje por las bibliotecas y los archivos italianos dio sentido al universalismo comparativo. Sus ensayos se erigieron sobre un fondo documental ingente, variado y cosmopolita; un tesoro de testimonios orales y escritos obtenidos tanto por el rastreo de libros y manuscritos como por el diálogo directo con los misioneros que habían recorrido los reinos más remotos. Si nuestros protagonistas hubieran seguido residiendo en España, habrían asumido una tarea imposible de culminar. Ellos lograron crear una línea singular de pensamiento, que se ha definido de la manera siguiente:

La Escuela Universalista Española del siglo XVIII no es sino una Ilustración humanista tardía y madura, por ello bien pertrechada, sensista o empirista y progresista, pero integradora y universalista, anti escolástica al tiempo que inequívocamente cristiana, la cual ponía a disposición por sí misma un entero programa global del conocimiento asimilado en la Historia y su mecanismo de evaluación subsiguiente³⁴

El análisis que sigue responde a una visión metodológica cualitativa de carácter histórico-documental. A través de una aproximación crítica y hermenéutica, la investigación se centrará en el examen directo de sus fuentes primarias con el propósito de desentrañar cómo estos autores asimilaron y articularon el conocimiento sobre China dentro del marco intelectual universalista.

6.1. El planteamiento pionero de Pedro Murillo Velarde sobre la geografía china

El misionero, escritor, geógrafo, jurista y cartógrafo Pedro Murillo Velarde (1696-1753) recopiló datos sobre Asia al residir en Filipinas durante más de un cuarto de siglo. Una de sus obras maestras, condensada en 10 tomos, se titula *Geographia historica* (1752), siendo el séptimo el que aborda la geografía física, política y

²⁹ Feijoo, 1781, t. 1: 306.

³⁰ Feijoo, 1777, t. 1: 327.

³¹ Obra referenciada por Delgado León, 2003: 95. Según este autor, Hervás dio la noticia del libro en *Premiencias de Uclés*, pág. 3.

³² Cita tomada de Delgado León, 2003: 94.

³³ Sarmiento, 1739: 468-470.

³⁴ Aullón de Haro, 2016: 13.

humana, así como la historia de China, “famosa entre todas las naciones por su política, por su antigüedad, por su riqueza, por su abundancia, y por la innumerable gente que la habita”³⁵. Murillo va hilvanando sus comentarios apoyándose en fuentes europeas, aunque no desdeña las chinas. Así pues, cuando se refiere al funcionario chino afirma que el “nombre de Mandarín lo introdujeron los portugueses, y que en lengua china se llama *Quoan [Guān]*, que significa mandar y gobernar. Los *Kolaos [Kòuláo]* son de gran autoridad, y son los ancianos del Reino”³⁶. Cuando describe los ríos, Murillo denomina al Yangtsé con la denominación de su tiempo, esto es, *Takian (Chang Jiang)* “que significa Gran Río... y los chinos lo llaman Hijo del Mar... el segundo es *Hoanho [Huáng Hé]*, Río Amarillo”³⁷.

Algunos pasajes se alejan de la cultura libresca para dar cabida a su experiencia personal con los sangleyes de Manila. El autor hace un retrato psicológico de los comerciantes chinos tan detallado y al tiempo tan personal que parece haber frecuentado el barrio chino para estudiar sus costumbres:

Los chinos son los más industriosos, hábiles, sagaces y políticos de toda Asia...no se detienen en etiquetas o ceremonias, miran a sus negocios... si en sus intentos experimentan alguna dificultad, la vencen con eficacia; si les hacen alguna injuria, no se empeñan en la satisfacción, se rien y pasan adelante... y van continuando con el negocio hasta llevarlo a cabo, y concluido.... se dan por satisfechos y se rien de todo, de suerte que se pueden llamar los italianos de Asia³⁸

Otras informaciones provienen de fuentes fácilmente identificables. Así pues, cuando se refiere a las aves amaestrada para pescar peces y a entregárselos a sus dueños, está recogiendo la noticia publicada por González de Mendoza en *Historia del gran reino de la China*³⁹; y cuando tilda de “patraña” la invención de carros chinos construidos con ruedas y velas que circulan por los caminos empujados por la fuerza del viento, en realidad ese desmentido pertenece a Domingo Fernández Navarrete⁴⁰. Debemos reconocer, no obstante, que, por regla general, Murillo cita la paternidad de sus referencias, especialmente las publicaciones y mapas más modernos. Igualmente, ofrece al lector conclusiones personales, tanto elogiosas (porcelanas, objetos de carey, nácar, y cuernos, que “son primorosos”⁴¹) como las críticas a la arquitectura, la impresión por el método xilográfico, la pintura y la medicina. En repetidas ocasiones se ve atrapado por el prejuicio eurocentrista. Como muestra de lo afirmado, el jesuita atribuye la invención de la pólvora al fraile alquimista y pionero de la artillería “Bertoldo Shuvart” (léase, Berthold Schwarz, c. 1318-c.1384), rechazando así, de manera expresa el ancestral origen chino⁴².

Aprovechando la descripción física y humana de las provincias y capitales de provincia, completada con no pocos datos históricos, Murillo Velarde registra un profuso y detallado análisis de la estructura económica china. Por último, resulta llamativa la equiparación que hace de Pekín respecto a Madrid, en cuanto ciudades polvorientas durante el verano y lodazales en invierno⁴³.

6.2. La valoración del patrón musical chino según Antonio Eximeno

Hasta la aparición del innovador y no menos polémico ensayo comparativo de Antonio Eximeno y Pujades (1729-1808) sobre la música universal, primero en italiano (*Dell'origine e delle regole della Musica [...]*,1774) y luego en español (*Del origen y reglas de la Música, con la historia de sus progresos, decadencia y restauración*, 1796-1797), aquellos españoles que valoraron la música china, tales como Diego de Pantoja, o el propio Murillo Velarde (“son muy inclinados a la música... aunque es desapacible”⁴⁴) se dejaron llevar por intuiciones subjetivas, sin contar con el apoyo de un método musical solvente que valorase los elementos de esta manifestación artística, como el ritmo, la melodía y la armonía. Al examinar la teoría tradicional de la música europea, Eximeno la criticó con firmeza por su encorsetado fundamento matemático. Abogó por un método particular de estudio que prescindiera del normativismo, la rigidez y el contrapunto barroco para internarse en el sensualismo (“la música procede del instinto, lo mismo que el lenguaje”⁴⁵), aunque sin caer en el mero relativismo artístico. Según él, la música está dotada de principios o reglas generales e infalibles⁴⁶. Tanto la nota musical como la letra deben emparejarse armoniosamente. Y a la hora de examinar unas cuantas artes musicales del mundo, como la persa, canadiense y china, Eximeno mostró interés por conocer sus características étnico-musicales.

Nuestro escritor parte de una realidad palmaria: “el gusto por la música varía por la índole y educación de las naciones; pero todas usan las mismas cuerdas, la misma armonía y la misma escala”⁴⁷. Se advierte cierta sintonía conceptual entre el pensamiento milenar musical del Reino del Centro y las teorías de Eximeno.

³⁵ Murillo, 1752, t. 7: 129.

³⁶ Murillo, 1752, t. 7: 138.

³⁷ Murillo, 1752, t. 7: 143.

³⁸ Murillo, 1752, t. 7:146-147.

³⁹ González de Mendoza, 1990: 143-144.

⁴⁰ Fernández Navarrete, 1994: 162.

⁴¹ Murillo, 1752, t. 7: 147.

⁴² Murillo, 1752, t. 7: 149.

⁴³ Murillo, 1752, t. 7: 161-162.

⁴⁴ Murillo, 1752, t. 7: 231.

⁴⁵ Citado por Sanhuesa Fonseca, 2009-2013, t. XVII: 179.

⁴⁶ Eximeno, 1796, t. 1: 8.

⁴⁷ Eximeno, 1796, t. 1:8.

En ambos casos la música ofrece un valor tan instructivo como moralizante. Con arreglo al ideario confuciano, la música persigue la armonía, la paz de la mente y la unidad de las relaciones humanas⁴⁸. Está capacitada para transformar y refinar la conducta humana, e incluso ayuda a valorar los gobiernos que amen la música, como le sucedió al príncipe Jizha del Estado de Wu, quien evaluó la rectitud política y bienestar social del Estado de Lu tras conocer sus canciones, bailes y ceremonias musicales. Igualmente, y según el *Libro de los Ritos*, la música se conecta a la ética político-social. En tal sentido, uno debe examinar la música para valorar al gobierno⁴⁹. Por su parte, Eximeno delinea una doctrina en torno a la significación ética de la música, concebida como factor edificante de la conciencia humana, un instrumento educativo y una vía para la elevación espiritual del hombre⁵⁰. A nadie debe extrañar el hecho de que Confucio ya hubiese impartido semejante enseñanza: “antes de ocupar un cargo, los plebeyos deben profundizar primero en el conocimiento de los ritos y de la música”⁵¹.

Eximeno reclama a la clase dirigente mayor sensibilidad musical con el fin de apartarse de la holgazanería y corregir la zafiedad de sus súbditos: “la música será el contraveneno del ocio de los nobles, será el alivio de las fatigas más penosas, y preservará al pueblo de la rusticidad, enemiga de las delicias de la sociedad”⁵². Bajo esta premisa, la música se erige en un pilar fundamental del desarrollo humano. Planteada así la cuestión, debe añadirse que Eximeno no consideró brillante el acervo musical chino.

Su valoración crítica no pudo ser más demoledora: “Los chinos son la nación de Asia que más cultivan las artes y las ciencias, pero las cultivan con mal gusto”⁵³. ¿Cómo demostrar ese “mal gusto” musical? Aquí entra a escena la debilidad argumental del musicólogo español, porque en vez de comparar varios géneros musicales chinos, se limitó a citar un aria o “canción china” (*exemp.* 4^o), cuya melodía, ligeramente modificada por él, reproducía una canción registrada por el *Dictionnaire de musique* de Jean-Jacques Rousseau, canción originariamente incluida en el libro *Description [...] de Chine* (1735) firmado por el compilador jesuita de noticias chinas Jean Baptiste Du Halde, quien, al igual que Eximeno, nunca estuvo presente en China para comprobar la calidad musical del Celeste Imperio.

Eximeno, desconocedor de la lengua mandarina, juzgó defectuosa la estructura compositiva de esa canción, cuya letra tuvo que interpretarla desde la traducción francesa y, a pesar de tantos inconvenientes, llegó a afirmar: “el mal gusto de su lenguaje se echa de ver suficientemente por el de la citada cantilena”, añadiendo que “su modulación es bastante escasa y muy estudiada; al tiempo que extravagante, afectada, ininterrumpida, difícil y mucho menos natural que la canción del Canadá”⁵⁴. Salta a la vista la falta de mesura en dicha opinión, toda vez que resulta muy difícil, y no menos complejo, definir un modelo musical atendiendo a una sola canción o cantinela, por mucho valor representativo que le diesen los sinólogos europeos del siglo XVIII⁵⁵.

6.3. Lorenzo Hervás y su estudio sobre astronomía y lengua chinas

Instruido en derecho, pedagogía, matemáticas, astronomía, teología y diversas lenguas (clásica, semítica, europea, de signos para sordomudos) el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) empezó a publicar obras relevantes sobre astronomía y la concepción del universo durante su exilio italiano, tales como *Viaggio estatico al mondo planetario*, que fue traducido al castellano y publicado como *Viaje estático al mundo planetario* (1794). Dado que a lo largo de los siglos XVII y XVIII los jesuitas transfirieron conocimientos astronómicos de Europa a China, así como de China a Europa, participando en una fructífera interacción científica, desde Johan A. Schall, Ferdinand Verbiest, Fillipo Grimaldi, Agustín von Hallerstein... hasta Antoine Gaubil y Joseph Amiot, el erudito Lorenzo Hervás se encargó de componer una primera divulgación de tales conocimientos para los lectores de habla hispana.

Él calificó la astronomía china de un “mundo aparte”, pues “forma la más antigua época del estudio astronómico”⁵⁶. A partir de ahí, Hervás destacó el empeño del legendario emperador “Hoang-ti” (Huangdi) de erigir un observatorio a fin de perfeccionar el calendario. “Atendiéndose a la gran diversidad de los movimientos del sol y de la luna, se conoció que doce meses lunares equivale a un año solar, y para arreglarlo con el solar, se necesitaba añadir siete lunas en el espacio de 19 años”⁵⁷. Entre otros logros de carácter astronómico reseñados por Hervás, la China de Huangdi indagó la aparición de los fenómenos terrestres y las principales efemérides celestes. Registró las estrellas y hasta se mandó elaborar el calendario lunisolar⁵⁸. Sin embargo, estas observaciones carecen de originalidad, ya que habían sido formuladas previamente por el mencionado astrónomo Gaubil. Lo que verdaderamente resulta sugerente es la caracterización que hace Hervás de la mentalidad china - pragmática y utilitarista - en contraste con la abstracción europea:

⁴⁸ Yong, 2012: 82.

⁴⁹ VV. AA. 2017, vol. 5: 94.

⁵⁰ Sanhuesa Fonseca, 2009-2013, t. XCIII: 180.

⁵¹ Confucio, 2019: 95.

⁵² Eximeno, 1796, t. 3: 234

⁵³ Eximeno, 1796, t. 3: 124.

⁵⁴ Eximeno, 1796, t. 3: 124-125.

⁵⁵ Ojeda, 2025: 206.

⁵⁶ Hervás, 1794: 166.

⁵⁷ Hervás, 1794: 167.

⁵⁸ Hervás, 1794:168.

En esta [China], toda la física, y aún la filosofía europea, si exceptuamos los principios éticos, son desconocidas; y no por esto la naturaleza es más avarienta... antes bien, porque los chinos son más industriosos que estos, gozan más y mejor los tesoros de la naturaleza. Entre los chinos no hallarás la perfección de la pintura, de la escultura, arquitectura y otras artes de lujo, que los europeos cultivan con el mayor empeño, pero hallarás que... la naturaleza pide para la necesidad y comodidad de la vida... los chinos... guiados de la natural razón han sabido estudiar, mejor que los europeos ilustrados, lo útil de la naturaleza; y por esto la experimentan más rica, liberal y benéfica⁵⁹

Mayor resonancia concitó la publicación en italiano, a finales del siglo XVIII y, entre 1800-1805, la versión castellana del monumental *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas [...]*. Nos hallamos ante la ingente labor de identificar, analizar y contrastar más de 300 lenguas y variedades. Fuese para alabarla o criticarla, terminó convirtiéndose en una obra de referencia a escala europea. Aquí solamente interesa el segundo volumen, publicado en 1801, ya que aborda el sistema lingüístico chino, compuesto por el habla común, la “lengua matriz que los misioneros llaman *mandarina*, y según la frase europea llamaríamos culta, literata o cortesana. Los chinos llaman a esta lengua mandarina *Cuon-hoa*”⁶⁰, es decir, la que derivó en la hoy denominada *pütōnghuà*. Asimismo, somete a un breve análisis el idioma tártaro (manchú), el tibetano, así como una amplia variedad de dialectos. A continuación, establece una suerte de parentesco entre el modelo lingüístico sínico y el de países vecinos sujetos a su área de influencia.

Hervás sostiene que el “idioma formosano” (idioma nativo del actual Taiwán) no tiene afinidad con la lengua japonesa⁶¹, aunque tampoco puede considerarse un dialecto chino⁶². Sin embargo, no logra precisar más la naturaleza de esta lengua austronesia hablada por su población aborigen. Y entre los dialectos chinos, además del de “Fo-kien” (Fujian) y otros, se ocupa de analizar el de *Kiang-nan* (modernamente, región de Jiangnan) “cuya capital es Nankín. Se habla el mejor dialecto chino; y por esto, se suele decir que la lengua de esta provincia es la más semejante a la mandarina”⁶³. Posteriormente, el autor lanza una arriesgada hipótesis sobre el modelo idiomático de algunos países vecinos: todos los idiomas que se hablan desde China al Indostán, excepto Malaca, descienden del chino. Mediante tal especulación, Hervás se afana por mostrar la dependencia de las lenguas existentes en Tonkín (Vietnam septentrional), Cochinchina (Vietnam meridional), Laos, Champa (antiguo reino situado entre Vietnam y Camboya), Camboya, Siam (Tailandia), Ava, Pegú y Arracán (Myanmar), e incluso Asam (India oriental) al tronco sinítico común. A lo largo de ocho páginas, presenta unos cuantos argumentos etno-históricos para fundar su conjetura; pero con independencia de aportar algunos indicios⁶⁴, creemos que no ofrece pruebas realmente convincentes⁶⁵. Cierto es que el chino clásico era la lengua utilizada por los cortesanos e intelectuales de los países circunvecinos. Asimismo, se acepta la recepción de préstamos lingüísticos sínicos en el sudeste asiático, pero otra cuestión bien distinta es defender una vinculación o parentesco estructural con el chino en una región que resultó especialmente receptiva a otros influjos culturales y lingüísticos, como el hinduista mediante la expansión del sánscrito y del shivaísmo hasta alcanzar la civilización Champa. También debe tenerse presente la influencia del budismo theravada y su sistema comunicativo pali en Birmania, Camboya, Siam, Laos y parte de Vietnam. A esa mezcla de influencias lingüísticas del sureste asiático debe añadirse las lenguas austronecias, abarcando desde el habla autóctono de “Liuquiu” (Ryukyu) y “Formosa” (Taiwán), hasta las islas del Pacífico austral. Por último, especialmente en la franja costera de Asia meridional y sureste asiático, el panorama lingüístico se enriqueció con aportaciones árabes, persas y europeas.

Para concluir, el modelo de escritura sínica, compuesto por numerosos caracteres propios, constituye para Hervás una *escritura simbólica*, concebida para plasmar conceptualmente objetos e ideas:

Por escritura simbólica entiendo aquello en que cada cifra expresa un objeto o significa una palabra entera. Esta escritura se suele llamar jeroglífica, por la que solamente se debería entender la escritura sagrada. La llamo simbólica, del nombre griego symbolon, que adoptado por los latinos significa comúnmente entre estos una cifra, nota o señal. La escritura simbólica se usa con la mayor perfección por los chinos⁶⁶

6.4. El mensaje de Juan Andrés sobre la literatura china

Otra monografía del universalismo español, nacida del método comparativo, examinó la historia y los fundamentos de la literatura universal. Dicha labor fue asumida por el jesuita Juan Andrés (1740-1817), quien materializó este proyecto en italiano y, posteriormente, en castellano bajo el título *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1784-1806). Centrándonos exclusivamente en sus connotaciones chinas, elogió la

⁵⁹ Hervás, 1794: 301-302.

⁶⁰ Hervás, 1801: 86.

⁶¹ Hervás, 1801: 54.

⁶² Hervás, 1801: 55.

⁶³ Hervás, 1801: 87.

⁶⁴ Por ejemplo, él cita la palabra siamesa *Crunch*, que, según su criterio, es palabra corrompida de la china *King*, que significa ciudad o corte (Hervás, 1801: 100).

⁶⁵ Cuando analiza el sistema de comunicación escrita en la “nación barmana” (birmana), Hervás especula con que allí se “usa la escritura alfabética o de letras, y desciende de la china, como claramente lo denota su idioma” (Hervás, 1801: 48). Para sostener semejante elucubración, cita como argumento de autoridad al geógrafo Murillo Velarde.

⁶⁶ Hervás, 1805: 3.

influyente doctrina confuciana como madre nutricia de la filosofía, política, cultura y, por consiguiente, de la literatura oriental: “Confucio fue un filósofo nada inferior a Platón ni a los más famosos de Grecia. La moral y la política chinesca ha sido en nuestros tiempos la admiración de Europa”⁶⁷. Pero además de filósofo, Confucio era un consumado poeta: “los antiguos filósofos chinos eran todos poetas”⁶⁸.

Andrés sostenía que los chinos tienen una cualidad especial para expresar sentimientos, emociones, experiencias y valores a través de sus bellas composiciones líricas, una cualidad ya demostrada a lo largo de su milenaria historia: “la poesía ha sido bastante estimada de los chinos, y no solo se oían entre ellos himnos y canciones, sino que se veían poemas dramáticos, que son las más perfectas composiciones poéticas”⁶⁹. Él justificaba la vitalidad literaria china por la amplitud y sutil riqueza de la lengua sínica, la cual estaba dotada con más de 100.000 caracteres, según afirmaban sus correligionarios residentes en China. Precisamente por ello, se podía transmitir mejor la inspiración poética, particularmente a la hora de evocar la delicadeza, profundidad y viveza de las imágenes y sentimientos:

Si de las regiones rústicas y desiertas de Calidonia ha salido a la luz un Ossian en los siglos tenebrosos, ¿Cuánto más debe esperarse que en la China, en Arabia y en otras naciones cultas haya habido algunos poetas dignos de leerse y estudiarse, y que puedan dar un nuevo adorno a la poesía? El más útil servicio que se puede hacer a las buenas letras es el aumentar y mejorar la lengua, porque mientras ésta ha estado pobre y tosca no se han visto composiciones dignas de alabanza... y una lengua perfecta y dócil, rica en palabras propias y sonoras, de expresiones vivas, enérgicas y suaves, precisas y ajustadas, es el mayor auxilio que puede darse a un poeta⁷⁰

En cuanto a la caracterización del estilo literario chino, Andrés citó la célebre *Descripción de la China*, perteneciente al jesuita francés Du Halde, para informar sobre las particularidades conceptuales, formales y estéticas de las obras literarias, aunque también aportó su opinión al respecto:

El estilo de los chinos en sus composiciones es misterioso, conciso, alegórico, y obscuro para quien no está sumamente versado en su lengua; que dicen muchas cosas en pocas palabras; y que sus expresiones son vivas, animadas, llenas de nobles metáforas y de atrevidas comparaciones... pero a mi juicio, la diferencias entre estos dos estilos [asiático y europeo] puede también nacer del uso tan frecuente entre los asiáticos, como raro entre los europeos, de las paranomasias, de las figuras de palabras y de las continuas prosopopeyas adoptadas por aquellos, no solo para las cosas graves y para los efectos vehementes... sino para los amores, para los juegos y para todas las cosas⁷¹

Siendo consciente del florecimiento literario durante la antigüedad, el español plantea al lector una interesante cuestión. Por qué el Reino del Centro no siguió desarrollando su pujanza literaria al nivel que la antigüedad le había permitido escalar la cumbre de las letras. A su entender, las obras clásicas resultaron tan brillantes y cegadoras que la inspiración posterior, así como las nuevas tendencias estilísticas, quedaron condicionadas al pasado. Como resultado de generar tanta admiración a los clásicos, la literatura apenas evolucionó. Sucedió algo así como si la literatura moderna europea hubiera estado atada a las brillantes obras de Grecia y Roma clásicas:

La literatura abrazada, alimentada y sostenida por tantos millares de años, apenas ha salido de su infancia, y no solo no ha llegado a la edad madura, sino que ni aún ha podido crecer ni arribar a la juvenil. Los literatos chinos, o demasidamente asidos a la doctrina antigua, o detenidos por la dificultad de los casi infinitos caracteres de su escritura, contentos con las riquezas que les dejaron sus mayores, no han cuidado de aumentarlas; sus fondos literarios se mantienen en perfecta igualdad y sin el menor aumento en tan larga duración de siglos, y los chinos por haber tenido ociosos los talentos y capitales de la literatura que poseen pacíficamente desde hace tantos siglos, merecen de los literatos la reprensión⁷²

Este argumento nos recuerda otro similar, formulado por Turgot en su *Tableau philosophique des progres de l'esprit humain* (1750), según el cual la ausencia de pasiones en China fue causa de su estancamiento⁷³.

7. Fascinación por la exploración y experimentación sin fronteras: el té de Mutis. La colección oriental de Cuéllar y la expedición Malaspina-Bustamante

Las expediciones científicas españolas del Siglo de las Luces ofrecieron una triple ventaja a la Corona. En primer lugar, conocer los recursos naturales existentes en los territorios de ultramar para así optimizar su explotación comercial. Ese fue el objetivo del botánico José C. Mutis al buscar un sucedáneo del té chino. En segundo lugar, se había planificado los viajes y exploraciones oceánicas a modo de embajada científica que ofreciera una imagen de país técnica y científicamente capacitado en las áreas de la botánica, la

⁶⁷ Andrés, 1784, t. 1:13.

⁶⁸ Andrés. 1785, t. 3: 38.

⁶⁹ Andrés, 1784, t.1:13.

⁷⁰ Andrés, 1784, t, 2: 473-474.

⁷¹ Andrés, 1785, t. 3: 7.

⁷² Andrés, 1784, t. 1: 14-15.

⁷³ Citado por Faure-Soulet, 1974: 113.

meteorología, la navegación oceánica, la cosmografía, la astronomía, la medición y el registro de los fenómenos naturales y las expresiones culturales de los lugares visitados. A tales propósitos respondía la histórica expedición Malaspina. Como tercera finalidad, se pretendía enriquecer tanto el patrimonio naturalístico como cultural de la corona española. China no estuvo ausente a la hora de perseguir tales objetivos.

7.1. El naturalista Mutis halla un sucedáneo del té chino en Colombia

El consumo del tonificante té se había popularizado en Occidente, desde la Rusia zarista hasta la América británica. España compraba el té chino básicamente para su reexportación. Bajo el proteccionismo mercantilista, predominante en las economías europeas, los gobiernos se afanaban por promover las exportaciones y reducir las importaciones. La actividad agraria se había erigido en la principal fuente de riqueza nacional. A sabiendas de que el cultivo y comercio del té proporcionaban pingües beneficios a China, el gobierno de Carlos III incentivó la búsqueda de una planta sustitutiva del té, dotada de similar gusto, color y olor que, por añadidura, utilizase sus accesorios (infusor, colador, tetera, tazas) y al tiempo permitiera honrar los rituales distintivos de la ceremonia del té.

El médico y botánico José Celestino Mutis (1732-1808) pasó parte de su vida dedicado a la docencia e investigación en el Nuevo Reino de Granada, especialmente en Santafé de Bogotá. Una vez identificadas las hojas aromáticas pertenecientes a un arbusto denominado *palo blanco* (*Symplocos theiformis*), mejor conocido por el té de Bogotá, Mutis comparó sus afinidades olfativas y gustativas con el té adquirido en Cantón, destacando sus cualidades tonificantes y astringentes. Habiendo llegado la noticia a la corte madrileña, Carlos III ordenó el traslado de hojas de ese té a España para ser analizadas, así como toda la documentación al respecto. El boticario mayor del reino, Juan Díaz, emitió un dictamen favorable en su *Informe sobre el té de Bogotá* (16 de agosto de 1786). Los pronunciamientos positivos quedaron reforzados y hasta incrementados por el estudio del especialista en botánica Casimiro Gómez Ortega (*Reflexiones sobre el té de Bogotá*, Madrid, 24 de septiembre de 1786). Ya en 1804, el *Semanario de agricultura y artes* publicó un detallado artículo sobre la siembra, cultivo, procesamiento de las hojas, empaquetamiento y comercio del té chino, así como un examen del té de Bogotá saboreado en tres infusiones. Varias personas acostumbradas al té verde de China habían preferido el de Bogotá ante:

la hermosura del color y diafanidad de la bebida, como en lo grato de ella al paladar y al olfato... siendo innegable que la infusión del té de Asia sale siempre con un color más o menos encendido o vinoso, con menos fragancia, y es austera y algo amarga, y por lo que consume mayor porción de azúcar...por lo que no solo hace la bebida más cara, sino también menos conveniente a los estómagos débiles⁷⁴

¿Por qué se renunció al proyecto de comercializar este producto que prometía una salida comercial exitosa? No está suficientemente esclarecido. Tal vez porque una bebida recién descubierta no se imponía tan fácilmente al ya habituado gusto de una bebida milenaria. Se han barajado diversas causas, entre las cuales destaca la dificultad de cultivar la planta, el freno al comercio internacional causado por las guerras napoleónicas, la falta de inversiones para su comercialización y, finalmente, la independencia de la América española.

7.2. La aportación de Juan de Cuellar al coleccionismo regio

La adquisición de objetos chinos a cargo del Tesoro Real abarcaba tanto las piezas decorativas (jarrones, piezas lacadas, tallas en marfil, pinturas), como los enseres domésticos o personales (mobiliario, vajilla, abanicos) y los utensilios científicos o exóticos (laminas florales y faunísticas, instrumentos musicales, talismanes, bolas concéntricas talladas en marfil), aunque a veces es imposible clasificarlos de manera clara y precisa, como así sucedió con las figuritas chinas de talco entregadas por el naturalista Juan de Cuellar (1739-1801) al Real Gabinete de Historia Natural, ya que comparten la doble condición de piezas de interés tanto antropológico como estético.

En 1786 Cuellar y su familia desembarcaron en Manila. Allí desempeñó actividades profesionales bien diversas, desde las comerciales, científicas, filantrópicas, hasta las políticas, falleciendo quince años más tarde en Filipinas. Durante su estancia asiática adquirió para la colección regia siete pequeñas esculturas chinas. El lote estaba integrado principalmente por figuras masculinas y femeninas de esteatita, todas ellas ataviadas con trajes orientales y un sinfín de detalles decorativos. El conjunto incluía animales y paisajes rocosos⁷⁵. Sobresale la singularidad de los miniaturizados personajes, con sus bigotes, peinados, vestimenta, collares, gorros, zapatos y otros detalles primorosamente esculpidos en unas figuritas que no exceden más de tres centímetros de ancho.

7.3. Objetivos de la expedición Malaspina-Bustamante en China: investigación científica, cultura y comercio

El descubrimiento de nuevas realidades despertó una singular atracción hacia las expediciones oceánicas. No escaseaban motivos que las justificasen. Pocos países podían reunir las cartas náuticas, los instrumentos técnicos de navegación, la logística, así como los recursos económicos y humanos para trasladar

⁷⁴ *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos (del jueves 18 de octubre de 1940)*. Tomo XVI, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1840: 248

⁷⁵ García-Guinea et al., 2013:7.

auténticas embajadas ambulantes a cualquier embarcadero. Al margen del prestigio nacional, las expediciones escondían un interés comercial e incluso colonial. Desde una perspectiva científica, aún quedaban tierras y rutas de navegación por cartografiar, así como numerosos secretos naturales y demográficos por descubrir. Destacaron las expediciones de J. Cook, Lapérouse, S. Wallis y Ph. Carteret, y, desde luego, la expedición ultramarina comandada por Alejandro Malaspina desde 1789 a 1794, pues no solamente exploró las posesiones de la corona en América y Asia, sino que también documentó y averiguó datos acontecidos en territorios bajo soberanía extranjera.

Aquí solo prestaremos atención a las implicaciones chinas. Todas ellas fueron registradas por el ya capitán de navío José de Bustamante y Guerra (1759-1825). Al mando de la corbeta *Atrevida*, Bustamante zarpó de Manila a principios de abril de 1792 rumbo al Mar de la China. Los españoles visitaron el enclave portugués de Macao y el muelle de «Bampú» (españolización fonética de Whampoa) en Cantón, la única zona portuaria donde los barcos occidentales tenían permitido cargar y descargar mercancías⁷⁶. Aprovecharon también la oportunidad para visitar el distrito de las trece factorías extranjeras, ubicadas en la ribera izquierda del río de las Perlas. Entre una pequeña callejuela (la futura *New China Street*) y la factoría francesa se erigía, precisamente, la factoría de la Real Compañía de Filipinas. El edificio, de diseño occidental y fachada estrecha, contaba con un terreno de 350 metros de profundidad, ideal para almacenar mercancías y expandir la construcción⁷⁷.

Los objetivos del viaje se habían fijado de antemano bajo un proyecto mercantil de gran calado. Urgía diversificar las exportaciones españolas para romper el tradicional círculo vicioso, cual era la compra de mercancías chinas a cambio de plata. China había demostrado a lo largo de los dos siglos anteriores un interés prioritario por adquirir el llamado oro blanco, principalmente español (novohispano) y japonés.

Los españoles del Setecientos vieron una nueva veta comercial en el mercado chino: las pieles de lujo. Los rusos ya se lucraban vendiendo finas pieles siberianas y de Alaska, muy codiciadas por la élite china para exhibir su estatus, sobre todo en sus frías regiones del norte. El Imperio español decidió competir en ese sector aprovechando los abundantes recursos peleteros de su costa noroeste americana, que se extendían desde la Alta California hasta el actual Canadá, con el estratégico enclave de Nutka, donde se habilitaron fortalezas y embarcaderos. El marino Bustamante estudió la situación y sus perspectivas comerciales:

La Naturaleza parece haber concedido a la España el comercio exclusivo en este ramo mercantil. Nuestros establecimientos de San Francisco y Monterrey, además de producir las pieles con abundancia, facilitan su adquisición con producciones propias por toda la costa de América hasta la ribera de Cook con menos costos, más seguridad y mucha mayor prontitud. Su conducción a la China goza igualmente de las propias ventajas, pues cuando la Nao de Filipinas recala sobre las costas de Nueva España en noviembre o diciembre, están ya de regreso en Acapulco las embarcaciones que se destinan a este tráfico; el flete y gastos de este puerto al de Manila debe ser sumamente moderado, porque aquel buque regresa con poca carga y es capaz de [transportar] una bien favorable⁷⁸

Antes de que la corbeta *Atrevida* fondease en los alrededores de Cantón con unas 300 pieles de nutria, los españoles ya conocían la noticia del descenso en el precio de venta provocado por la abundancia de ofertas y las crecientes dificultades en la comercialización. Sin embargo, nada más pisar suelo chino, las aspiraciones comerciales se desvanecieron. Manuel de Agote, factor principal de la Real Compañía de Filipinas, comunicó a Bustamante una reciente orden de la aduana imperial que prohibía taxativamente la venta de pieles a cualquier operador extranjero. El intento de comercializarlas había fracasado ¿Qué hacer con el cargamento ya preparado para venderlo? El capitán de navío dejó escrito que los aduaneros chinos sospechaban tal cargamento en la bodega de la *Atrevida*, pero al tratarse de un buque militar, no la habían inspeccionado. Por lo tanto, la única salida era venderla de contrabando. Debe añadirse que Bustamante obró con honradez. En vez de cederlas a Agote para que las vendiera clandestinamente en el floreciente mercado negro, decisión que, en caso de descubrirse, habría puesto en peligro la reputación comercial española, como dedujo el propio Bustamante, optó por llevarlas de regreso a Manila⁷⁹.

La expedición por el mar de la China también tenía una vertiente científica. En Macao tenía que “repetirse las experiencias de la gravedad con el péndulo simple, ya que sería importante en el arreglo proyectado de medidas el obtener una relación directa de aquel paralelo con el primario que se admitiese”⁸⁰.

Finalmente, la expedición legó una crónica del Macao de finales de siglo, en la que Bustamante analizó minuciosamente la fisonomía urbana y el entramado político-económico del enclave luso. He aquí un elo-cuente fragmento:

⁷⁶ Como recordaba Bustamante, “es el único puerto del imperio de la China en donde está permitido el comercio a los europeos” (Novo y Colson, 1885: 224).

⁷⁷ Una descripción de las trece factorías, incluyéndose la española, en Dermigny, 1964: 509.

⁷⁸ Novo y Colson, 1885: 226.

⁷⁹ Según las palabras de Bustamante: “los chinos no ignoran, desde luego, que traíamos algunas pieles del mismo paraje [Noroeste de América], pero sin atreverse a hacer reconvención alguna como lo habían hecho con los buques particulares, intimidándoles que abandonasen el puerto. Sin duda, al respeto con que miran toda embarcación de guerra atribuimos la causa de su silencio, cuyo conocimiento, y evitar otras consecuencias me hizo desistir de proponer a los factores de nuestra Compañía que solicitasen su venta” (Novo y Colson: 1885: 225).

⁸⁰ Malaspina y Bustamante, 1984: 369.

Macao está situada desde la orilla del mar, en terreno desigual y por partes elevado; las calles participan de este defecto y son también irregulares y estrechas. Sus edificios consisten en una catedral, tres feligresías, dos colegios que fueron de los jesuitas, tres conventos de religiosos Agustinos, Franciscos y Dominicos; otro de monjas de Santa Clara, una iglesia y casa de Misericordia, dos hospitales y tres ermitas y casa del Senado, la cual termina la única calle espaciosa y plana de la ciudad; pero así estos edificios como las casas de los europeos, carecen de todo gusto y elegancia exterior... Las alturas de la ciudad dominan unas vistas muy considerables hacia el mar y la campaña. El puerto es muy cómodo y abrigado de los vientos, pero su profundidad no admite buques grandes... la jurisdicción de esta plaza está dividida entre portugueses y chinos, sujetándose a cada una sus respectivos pueblos... A pesar del poco coste que produce al Rey de Portugal esta colonia por haber reducido el número de empleados y de sus sueldos, apenas las rentas del Erario alcanzan a cubrir estos gastos⁸¹

El marino español no solo describió la singularidad del distrito comercial de Cantón, sino que anticipó la inminente hegemonía comercial británica. A continuación, transcribimos dos fragmentos de su obra: uno sobre el rol de Cantón como puerto de entrada al mercado chino, y otro sobre las exigencias comerciales de Gran Bretaña frente al imperio chino:

[El atracadero de “Bampú”], “situado a 18 millas de Cantón... donde es permitido el comercio a los europeos... aquí están establecidas las muchas compañías europeas que comercian en esta parte oriental del globo, y estos edificios, formados bajo el estilo de la nación a quien pertenecen, se distinguen por la bandera respectiva... [El] número de habitantes, incluyendo los que residen en los arrabales de Cantón, se supone no bajará su número de medio millón de almas, que es la mitad de las que se cuenta a Cantón. No será exagerado este cálculo cuando se comprenda el considerable número de gente que viven y manejan las embarcaciones de aquel tráfico⁸²

En el siguiente pasaje se vislumbra el enfrentamiento bélico entre Gran Bretaña y China, materializado posteriormente en las dos Guerras del Opio. Bustamante expone con claridad el fracaso de la Misión Macartney de 1793, la fortaleza del ejército británico en la India y su estrategia de presión coercitiva para forzar la apertura de los mercados chinos:

La nación inglesa representa aquí, como en todos los demás puertos de la India, el primer lugar por su opulencia entre las demás europeas. Como sus miras se dirigen siempre a extender inmensamente su comercio, no perdonan medio alguno de elevarle al superior grado de riqueza. Y aunque en la China goza Inglaterra de la primacía a la que se pudiera aspirar atendiendo las circunstancias y leyes de este imperio, todavía no contenta su ambición o su codicia, está meditando nuevos recursos para satisfacerla⁸³

8. Fisiocracia y política económica china: la huella intelectual en España

El desarrollo económico de la China dieciochesca se fundamentó principalmente en las actividades agropecuarias. Suele atribuirse al período Qianlong (1736-1795) una sostenida y duradera prosperidad económica. Se conocieron innovaciones tanto en las explotaciones agrícolas como en las técnicas de producción, que permitieron el crecimiento de la productividad⁸⁴. Se generalizaron los cultivos de especies vegetales procedentes del Nuevo Mundo, ya conocidos durante el período Ming tardío. Ciertamente, los sangleyes de Luzón dieron a conocer el maíz, la patata, el cacahuete y la batata. Al ampliarse el terreno chino cultivable, los agricultores extendieron las siembras hasta en las colinas de suelo poco profundo⁸⁵, lo que contribuyó a mitigar las hambrunas. La irrigación de los campos de cultivo mejoró sustancialmente. Por lo demás, la presión fiscal era deliberadamente mínima y los comerciantes autorregulaban sus prácticas mercantiles⁸⁶. Mientras que las artes florecían, el país disfrutó de una relativa estabilidad política y un orden social estable, hasta derrumbarse a finales de siglo, precisamente cuando se desencadenaron las revueltas populares, iniciadas con la Rebelión del Loto Blanco (1796-1804). Antes de esa turbulenta época, China había mostrado gran anhelo por asegurar las buenas cosechas, empezando por el propio emperador, quien practicaba la ceremonia primaveral de labrar la tierra en un simbólico altar de la agricultura. Europa había aprendido de China que las sublevaciones campesinas, las hambrunas y las deficientes políticas agrarias arruinaban la armonía social, restaban ingresos al tesoro imperial y desestabilizaban al poder imperial hasta el extremo de provocar su colapso, tal y como aconteció durante los períodos dinásticos tardíos Han y Ming.

Ante el impacto de las noticias procedentes de Oriente, la temática sínica —tanto económica como política— iluminó los debates de la intelectualidad europea. En este contexto, la fisiocracia se consolidó como la corriente económica ideal para el Absolutismo ilustrado. Su principal impulsor, el economista francés François Quesnay, acuñó el lema representativo de la doctrina: *ex natura jus, ordo et leges* (de la naturaleza

⁸¹ Novo y Colson, 1885: 223-224.

⁸² Novo y Colson, 1885: 224.

⁸³ Novo y Colson, 1885: 224.

⁸⁴ Li, 2014: 15.

⁸⁵ Anderson, 1982: 554.

⁸⁶ Li, 2014: 30.

surgen el derecho, el orden y las leyes). Con ello, se proclamaba el respeto al “orden natural de las sociedades” y a una convivencia armónica entre gobernantes y gobernados, donde primaban los intereses colectivos sobre los individuales. En el fondo, estos principios no eran más que la adaptación de los milenarios ideales confucianos al pensamiento europeo. En su *Tableau Économique* (1758) y en *Philosophie rurale* (1763), Quesnay estableció que la agricultura era el único motor real de la riqueza. Mientras el artesanado se limitaba a transformar los productos de la tierra y el comercio a distribuirlos; solo el campo generaba valor genuino. De ahí que el país oriental, admirado por recolectar una colosal producción agrícola, se convirtiese en un paradigma de la doctrina fisiocrática.

Por su parte, Feijoo expuso algunas ideas profisiocráticas al reivindicar la agricultura como base de la riqueza. Para ello, tomó como modelo el alto rendimiento y la productividad del campo chino:

En el grande Imperio de la China donde reinan en supremo grado la providencia económica y la justa estimación del mérito en orden al bien público, no podía faltar un alto aprecio a la Agricultura. Es así que lo hay. Es rito constante en aquella Nación continuada hasta hoy, que todos los años, al empezar la primavera, se destina un día, en el cual el Emperador, acompañado de doce personas, las más ilustres de la Corte, va a trabajar al campo, toma el arado en la mano, y rigiéndole, siembra cinco especies de granos, los más útiles o necesarios; conviene saber, trigo, arroz, habas [soja], mijo común [mijo de escoba] y otra especie de mijo, que llaman *Cao leang* [¿*Gāoliang* o sorgo?]. Los doce personajes, que acompañan al Emperador, trabajan con él, y en todos los gobiernos del Imperio, los mandarines hacen lo mismo... Esta estimación de la Agricultura viene en parte del mismo principio que tenemos los españoles para venerarla...⁸⁷

Los reinos donde hubo en la antigüedad más ricos fueron aquellos donde más floreció la aplicación al cultivo de las tierras⁸⁸

Debe admitirse que la fisiocracia ejerció un magisterio bastante difuso en España. Aunque se tradujesen textos fisiocráticos, por ejemplo, un discurso de Mirabeau, a cargo de Serafín Trigueros, o bien las *Maximes générales du gouvernement économique d'un royaume agricole* de Quesnay, por Manuel Belgrano, y hasta se editase la versión castellana de *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, llevada a cabo por Justo Linda Calle⁸⁹, realmente la fisiocracia apenas penetró en las profundidades del pensamiento económico español. Su influjo terminó siendo más bien limitado e impreciso, ya que se solapó con otras líneas de pensamiento también imperantes durante el período ilustrado, como el reformismo agrario y los estudios agronómicos⁹⁰.

Aun así, las virtudes del modelo agroeconómico chino quedaron grabadas en la memoria colectiva. Comprobémoslo recurriendo a una obra del abate Rozier, que sería traducida por J. Álvarez Guerra con el título *Curso completo, o Diccionario universal de agricultura teórica, práctica, económica, y de medicina rural y veterinaria* (Madrid, 1797-1803). El traductor añadió un *Estudio preliminar* propio para analizar la “agricultura china”, sus “sabias leyes” y la productividad agrícola. En sus páginas resalta que los labriegos “no desperdician un palmo de tierra” gracias a un avanzado sistema de cultivo que “sorprenderían al más hábil agrónomo moderno”. A todo ello debe unirse la laboriosidad de su gente, la valoración tan positiva que merece este trabajo en la población, premiándose incluso a los labradores distinguidos. Este traductor, pensador y político —quien más tarde se convertiría en ministro de la Gobernación— celebraba las ventajas competitivas del agro chino: un régimen fiscal moderado, un marco jurídico presidido por “la libertad, la propiedad y la comunidad”, así como una política agraria basada en “la naturaleza y la razón”⁹¹.

9. El ejemplo chino de gobierno y burocracia

Ya sabemos que mientras duró el Despotismo Ilustrado se contemplaba al Celeste Imperio como modelo de gobierno ordenado, estable, déspota, mas no tiránico, cuyo emperador se rodeaba de ministros y consejeros bien instruidos, aptos para llevar a cabo el progreso y el bienestar de los súbditos. Bajo esa imagen falsamente paradisiaca, el agrónomo y aventurero francés, Pierre Poivre, ensalzó aún más las alabanzas: “China ofrece un cuadro encantador de lo que debería ser el mundo, si sus leyes se convirtiesen en leyes de todas las naciones. ¡Id a Pekín!”⁹². El juicio valorativo español también resultó elogioso, aunque más contenido, como se desprende de las declaraciones emitidas por Benito Feijoo y Álvarez Guerra, ya examinadas en las páginas anteriores. Murillo Velarde también reparó en la fortaleza y cohesión imperial: “su gobierno es despótico, y no hay príncipe en el mundo tan respetado, temido y adorado de sus vasallos”⁹³.

La cultura política del Setecientos abrió un sugestivo debate en torno a los agentes públicos que se encargaban de ejecutar las normas concernientes al buen orden, así como velar por la seguridad y prosperidad de la población. Durante el *Antiguo Régimen*, los cargos públicos de relevancia estaban patrimonializados por la nobleza ¿Por qué se privilegiada el vínculo de sangre para acceder a los oficios institucionales, aun

⁸⁷ Feijoo, 1753, t. 8: 362-363.

⁸⁸ Feijoo, 1735, t. 8: 367.

⁸⁹ Lluch y Argemí, 1985: 56-57.

⁹⁰ Esa es la tesis de Lluch y Argemí, 1985.

⁹¹ Datos tomados a préstamo de Astigarraga y Usoz, 2007:445-446.

⁹² La cita está copiada de Chesneaux, 1987: 13.

⁹³ Murillo Velarde, 1752: 137.

cuando el candidato no acreditase las cualidades requeridas? En los escritos de Pedro Rodríguez de Campomanes y Francisco Cabarrús pueden leerse profundas observaciones dirigidas a mejorar la administración del reino⁹⁴. Esa era una de las principales preocupaciones sentidas por los primeros borbones. Aunque el tema no se resolvió en la España dieciochesca, al menos algunos ilustrados percibieron el contraste entre la rancia nobleza española, que aspiraba a gobernar, y la meritocracia china. José Cadalso y Luis García Cañuelo criticaron la ociosidad aristocrática y su inutilidad hacia los demás.

De nuevo hay que invocar el juicio de Hervás y Panduro: “algunas sociedades premian a los descendientes de los héroes con riqueza; otras con honores; y otras con riqueza y honores”⁹⁵. En principio, no le parecía de testable retribuir el mérito paterno, toda vez que “es el mayor premio que puede dar la sociedad civil”⁹⁶; pero, a continuación, criticó sutilmente la transmisión de títulos nobiliario sin que mediase otro mérito adicional de los herederos al título. El sabio erudito planteó imponer algún límite a la sucesión de dignidades nobiliarias: “que su fácil concesión no produzca un abuso que convierta en daño propio lo que admirablemente se inventó para su mayor utilidad”⁹⁷. A partir de ahí, Hervás miró al espejo chino, espejo que no era un dechado de perfección, porque el código moral confuciano defendía la solidaridad familiar, de manera que los mandarines tenían la tentación de conceder favores y privilegios a sus hijos. Así y todo, Hervás consideró menos defectuoso el modelo chino de ascenso social, porque los descendientes honraban a sus ascendientes:

El premiar la descendencia de un héroe sin limitaciones de tiempo o de generaciones, se mira por los chinos como un acto más raro de la sociedad; y no sé que ellos lo hayan hecho con los primogénitos descendientes de la familia imperial, y con los de la familia de Confucio. Entre los chinos la nobleza se da a los ascendientes, y no a los descendientes... Las dificultades que tienen de ennoblecer a los descendientes habrán privado de importantes servicios a su imperio; ¿mas cuánto daño ha causado a Europa la suma facilidad en ennoblecer a los descendientes?⁹⁸

El sistema chino de acceder a los cargos y dignidades – lo que los europeos llamaban el mandarinato – eran los exámenes públicos, libres y abiertos a cualquier candidato acreditado. Así se garantizaba mejor, al menos formalmente, el acceso igualitario, el mérito y la capacidad, aun cuando algunos letrados chinos, tales como Wang Anshi (1021-1086) o Gu Tinglin (también conocido por Gu Yanwu, 1613-1682), e incluso intelectuales europeos del XVIII (Montesquieu, Diderot o Johan G. von Herder) criticasen esas pruebas competitivas, cuyo temario estaba muy atado a un estéril formalismo y a los aforismos tradicionales confucianos. Algunos españoles explicaron la bondad de este sistema, ya que permitía obtener la condición de erudito-funcionario por el propio esfuerzo intelectual. A través de una carta enviada al jesuita Luis de Guzmán en 1602, el misionero residente en Pekín, Diego de Pantoja, explicó el conjunto de reglas y la finalidad de los tres exámenes públicos que se celebraban para merecer los grados de erudición equivalentes al de bachiller, graduado y doctor; títulos que facultaban el acceso al honroso cargo del mandarinato. Pero vamos a resaltar otra crónica perteneciente al jesuita Adriano de las Cortes, quien accidentalmente llegó al sureste de China en febrero de 1625 y registró su penoso cautiverio. Tuvo la fortuna de presenciar la celebración de dos exámenes públicos en la ciudad de “Chauchiusu” (Chaozhou, provincia oriental de Guangdong) dirigidos por mandarines locales con una concurrencia por examen de unos mil aspirantes al “título de bachiller”. Su crónica nos permite inferir cuán exigente, rigurosa y disciplinada era la evaluación estudiantil para acceder “a otras ciencias mayores” con el propósito de “subir a oficios y dignidades y llegar a ser Mandarines”⁹⁹. El testimonio del padre Adriano sobre la celebración de exámenes – una ceremonia exótica para los europeos de entonces – cobra cierta relevancia histórica. Hoy día tales pruebas selectivas acreditan la competencia profesional para acceder a la función pública española. Presentamos al lector una versión abreviada de sus comentarios:

... cercaron la plaza grande [de Chaozhou]... con varas a modo de barreras, dejando otra plaza dentro cuadrada suficiente para mil bufetes y otros tantos bancos que pusieron dentro con buen orden en hileras, uno para cada uno de los estudiantes... Amanecieron pues a los trece de octubre el Mandarín Mucia en un testero de la plaza sobre un tablado, éste con dos escaleras buenas, una a cada lado y con el asiento arriba y demás aderezo competente a su dignidad, delante de sí, un bufete y escritorio grande con muchos cajoncillos y, entre otros dos puestos, dos torrecillas de madera, en cada una un chino con una campana y los mil pretendientes cada uno sentado en su banco y bufete con su papel y tinta; allí de repente y a solas escribiendo sin hablar palabra con el compañero, ni con otro alguno, ni chistar ni menearse o mudar el puesto, ni salir fuera... sin comer los tuvieron allí desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde y a sus tiempos daban los de la torrecillas sus campanadas, y por sus hileras, y con sumo silencio, se iban levantando caminando y subiendo por una escalera del tablado y entregando sus papeles firmados al mandarín Mucia y este metiéndolos luego en los cajoncillos... el segundo examen, no sin azotes como el primero, fue a los 28 del mismo mes... a los pocos días llegó a Cantón un grande Mandarín a quien se entregaron los papeles para verlos y calificarlos¹⁰⁰

⁹⁴ Royo-Villanova, 1960: 38.

⁹⁵ Hervás, 1805b: 47.

⁹⁶ Hervás, 1805b: 47.

⁹⁷ Hervás, 1805b: 48.

⁹⁸ Hervás y Panduro, 1805b: 48.

⁹⁹ Cortes, 2022: 173.

¹⁰⁰ Cortes, 2022: 175-176.

10. Evolución del comercio hispano-chino: entre el esplendor del eje comercial Fujian-Manila-Acapulco-Cádiz y la participación directa española en el mercado cantonés

Uno de los más valiosos testimonios históricos sobre las relaciones mercantiles hispano-chinas pertenece a un alto empleado de la Corona en Filipinas durante las postrimerías del siglo XVI e inicios del XVII. Aludimos al Dr. Antonio de Morga. Su relación *Sucesos de las Islas Filipinas* (1609) ayuda a entender por qué China se convirtió en el principal socio logístico capaz de asegurar la presencia hispana en el archipiélago. El tráfico comercial entre la costa sureste China y Manila suministraba no solamente recursos vitales, tales como alimentos, vestidos, utensilios domésticos o de trabajo para la población filipina, sino que también proporcionaba géneros suntuarios (porcelana, seda, objetos lacados, etc.) y hasta insumos (mercurio, hierro, madera, semillas) que se reexportaban a América colonial y a España peninsular:

Se vende seda, terciopelo, tela y brocados de oro y plata, seda de diversos colores, mantelería blanca de algodón, almizcle, menjuy [bálsamo], marfil, muchas curiosidades de cama, pabellones, colgaduras... almohadas, alfombras, perlas, rubíes, utensilios de cocina, clavos, estaño, plomo, salitre, pólvora, harina de trigo, conservas, frutas de China, tocino, nuez moscada, jengibre, gallinas, capones, fruta verde, naranjas de todo género, camas, mesas, sillas, animales para la labranza, pájaros, porcelana... sería nunca acabar ni gastaría mucho papel para ello¹⁰¹

Durante el siglo XVIII prosiguió el continuo tráfico marítimo. Los expedientes custodiados en el Archivo General de Indias permiten identificar los principales puertos de embarque: Amoy y Cantón, aunque a veces figuran otros como el de "Changai" (Shanghái). A ellos se unieron los muelles de Formosa y Macao. Asimismo, se han identificado los puertos de arribada, básicamente el de Manila/Cavite, si bien aparecen registrados otros (Cebú, Bantayán, Cagayán, Ilocos, Bulacán, etc.). La variedad de mercancías chinas se canjeaba básicamente por la plata novohispana transportada por el Galeón de Manila. Si tomamos en consideración el ya clásico registro aduanero recopilado por el investigador francés Pierre Chaunu¹⁰², quien realizó un minucioso estudio en el Archivo de Indias, concluiremos que las embarcaciones con mercancías chinas que pagaron el impuesto aduanero (almojarifazgo) alcanzan la nada despreciable cifra de 991 bastimentos. Reflejamos solamente los datos registrados desde el año 1700 al 1787. Este cómputo excluye, como es obvio, el contrabando, las transacciones mercantiles cuyos expedientes aduaneros se extraviaron o no se registraron. Tampoco constan las mercancías chinas procedentes de puertos intermedios, ni las transportadas en pequeñas barcas, pues estaban exentas de tributación. Con ello pretendemos significar que el comercio bilateral fue mucho mayor al registrado oficialmente. Hay un año donde el cómputo oficial alcanza una cifra récord. Durante el año 1709 arribaron a Manila/Cavite 43 mercantes y, el año anterior, 32. Como contraste, en 1737 y 1744 no hay registro alguno.

Junto al enjambre de sampanes y juncos capitaneados por el personal chino, también realizaron transacciones hispano-chinas embarcaciones armenias, así como los pataches, fragatas, balandras, galeotas y chalupas con pabellón español o portugués. Entre otros, cabe destacar los registrados como *Nuestra Señora de Guía*, *San Francisco Xavier*, *Sacra Familia*, *Nuestra Señora de los Dolores*, *Jesús María* y *José*, *Nuestra Señora del Buen Viaje*, *Jesús de Nazareth*, *Santo Domingo*, *Nuestra Señora del Carmen* y *Santísima Trinidad*.

Como segunda nota reseñable, la segunda mitad del siglo XVIII marcó el inicio de la ruta comercial que conectaba el puerto de Cádiz con Filipinas, China e India. Impulsado por el mercantilismo dieciochesco, el político reformista Francisco Cabarrús abogó por la fundación de la *Real Compañía de Filipinas* para dinamizar el intercambio comercial español. Esta segunda ruta, llamada oriental o la del Cabo de Buena Esperanza, bordeaba el continente africano, se internaba por el océano Índico hasta alcanzar el mar de China Meridional. Ya no era necesario recurrir al Galeón de Manila/Acapulco, que hasta entonces había monopolizado el flujo comercial hacia España. Diversos informes habían advertido de lo ineficiente, costoso y del considerable consumo de tiempo que comportaba el comercio intermedio entre España y los emporios comerciales asiáticos a través de los puertos novohispanos (Acapulco y Veracruz).

Dado que la ruta del Cabo podía suscitar las protestas de otras potencias comerciales, se revistieron las primeras expediciones de un interés militar-científico-mercantil. Así se explica que desde 1765 a 1784 la Real Armada organizase los primeros catorce viajes desde Cádiz a Manila bordeando el Cabo de Buena Esperanza. Algunas fragatas, como *Buen Suceso* y *Venus*, realizaron escalas en Cantón¹⁰³. Pero el impulso definitivo llegó tras la fundación de la *Real Compañía de Filipinas* en 1785. Unos años más tarde, precisamente en 1787, la Compañía inauguró su oficina de Cantón. Todo un privilegio digno de reseñarse, pues España logró domiciliar su primera empresa en suelo chino. Por Real Orden de 23 de agosto de 1790, confirmada tres años más tarde, se autorizó el comercio directo desde España a China¹⁰⁴. Durante ese año las fragatas *Águila Imperial* y *Concepción* transportaron mercancías directamente desde Cantón a España sin hacer la escala habitual de regreso por Manila/Cavite¹⁰⁵.

A finales de siglo afloraron problemas de orden político y económico que restaron dinamismo al tráfico mercantil. La libre navegación comercial se vio comprometida a causa de la guerra anglo-española

¹⁰¹ Morga, 1890: 351-352.

¹⁰² Chaunu, 1960

¹⁰³ Alfonso Mola y Martínez Shaw, 2019: 327.

¹⁰⁴ Díaz-Trechuelo, 1965: 211.

¹⁰⁵ Díaz-Trechuelo, 1965: 71, nota 20.

(1796-1802), a la que seguiría, ya en el siglo XIX, el devastador periodo bélico napoleónico, terminando con las guerras de independencia en América colonial. El comercio oceánico quedó totalmente arruinado y no menos vacío el Tesoro regio. La Real Compañía dejó de existir formalmente en 1834, es decir, un año después de estallar la primera guerra carlista. A los obstáculos bélicos se unieron otros de naturaleza corporativa y mercantil. A diferencia de los británicos, neerlandeses, franceses e incluso portugueses, España no había desarrollado un comercio a escala intrarregional que conectase los principales ejes comerciales de lo que hoy se denomina espacio Indo-Pacífico. La Compañía filipina solamente podía ofertar plata novohispana y una cantidad limitada de mercaderías nativas sin apenas valor añadido. Lejos de innovar o diversificar el comercio bilateral, los empleados de la Real Compañía se limitaron a aplicar las viejas recetas comerciales. Otra circunstancia imprevista por los socios fundadores complicó aún más la situación empresarial. Tanto la clase política colonial en Asia y Nueva España, así como los gremios comerciales sangleyes e hispanofilipinos privaron a la Real Compañía de la mínima *afectio societatis* para hacerla competitiva, rentable y duradera. Así se explica que en 1796 la factoría cantonesa pasase a depender, orgánica y funcionalmente, de Madrid, al tiempo que se autorizaba el comercio directo entre China y América sin necesidad de hacer escalas en Manila¹⁰⁶.

Aunque los beneficios empresariales resultaron menos boyantes de lo esperado, al menos la Compañía consiguió penetrar en el hermético mercado chino. El flamante establecimiento comercial cantonés facilitó el adiestramiento práctico de sus empleados sobre el protocolo chino de negocios. Estos se familiarizaron con la manera de contratar, los precios en origen, las garantías y formalidades que debían prestarse a los intercambios y las gestiones aduaneras. Detectamos aquí el primer modelo de “escuela española de negocios” asentada en China. Gracias a la Real Compañía, algunos antiguos empleados fundaron sus propios establecimientos mercantiles. Empresarios como Lorenzo Calvo o Francisco Xavier de Yrisarri operaron privadamente en la plaza cantonesa, colaborando con firmas británicas. En repetidas ocasiones traficaron con el lucrativo negocio del opio¹⁰⁷.

Corresponde ahora resaltar los testimonios sobre el entorno cultural y mercantil de China meridional. A falta de relatos misioneros, el relevo informativo español se canalizó a través del sector comercial. Especial interés revisten las crónicas del primer factor de Real Compañía, Manuel de Agote y Bonechea, cuyos *Diarios* constituyen una valiosa fuente de información sobre Cantón y Macao desde 1787 hasta 1796¹⁰⁸. No se piense que el agente comercial español únicamente suministró noticias de carácter económico, sino también político, legal, social, diplomático, meteorológico, etc. Por lo pronto, registró el rubro exportador chino a España (seda, porcelana, utensilios domésticos, mantas y diversos tejidos, abalorios, té, abanicos, azúcar, azogue, salitre, canela, barnices, perlas, etc.) e importador (pesos de plata, algodón en bruto, añil, plomo, cobre, pieles y cueros, pimienta, aletas de tiburón, nidos de ave, incienso, madera de sándalo, cauri, relojes de péndulo, etc.). A veces comunicaba informaciones muy detalladas como la entrada y salida de las embarcaciones europeas, las prohibiciones comerciales o el precio de las mercancías (en 1793 el azufre valía 14 taeles chinos el pico y 18 taeles el fusil¹⁰⁹). Hasta presentó un plano de Macao y Cantón¹¹⁰ y un informe en torno a la isla de Sanción (Shangchuan), donde exhaló su último suspiro san Francisco Javier¹¹¹.

Acaso uno de los datos más valiosos para los historiadores sea el relacionado con la Compañía inglesa de las Indias Orientales, singularmente sus contactos con la Compañía española y la principal actividad mercantil inglesa: la venta clandestina del opio, desde su embarque en Bengala, almacenamiento en alguna isla china o en Macao y la venta en China continental. Agote hizo un cálculo del coste-beneficio, concluyendo que el beneficio neto de venta, una vez descontado el transporte, almacenamiento, comisiones de venta y corretaje ascendía al 13%¹¹². De idéntico valor histórico es la interpretación sobre los motivos que hicieron fracasar la embajada británica presidida por George Macartney a Pekín en 1793. Agote barajó las siguientes: negarse a “hacer las cortesías sónicas”; exceso de peticiones, no solo comerciales, sino también políticas y misioneras; haber concentrado los regalos en la figura del emperador, excluyendo otros presentes para que los altos cortesanos ejercieran su influencia; selección de un intérprete mal instruido y, por último, la comitiva inglesa resultó bastante pretenciosa para semejante ceremonia, ya que integraba a 41 personas, más una guardia de 50 soldados¹¹³.

11. Reconocimiento e imitación de las bellas artes chinas

A la tradicional adquisición de piezas decorativas artísticas se unió un nuevo fenómeno artístico: la fusión de materiales y estilos chinos con la sensibilidad estética europea. Tanto la corona como la nobleza españolas siguieron enriqueciendo sus palacios con objetos ornamentales, utensilios y armamento pertenecientes al período Qing. Una elocuente prueba de lo señalado son los tibores chinos de la reina Isabel de Farnesio. Su testamento-inventario da fe de más de cincuenta tibores de diferentes colores y tamaños, la mayoría

¹⁰⁶ Díaz-Trechuelo, 1965: 211-212.

¹⁰⁷ Permanyer Ugartemendía, 2015: 67.

¹⁰⁸ Agote, 1789; Permanyer Ugartemendía, 2012.

¹⁰⁹ Agote, 1793, ms. R. 635: 133.

¹¹⁰ Agote, 1792, ms. R. 634: 66.

¹¹¹ Agote, 1791, ms. R.633: 102-112.

¹¹² Agote, 1793, ms. R.635: 135.

¹¹³ Agote, 1793, ms. R. 635:189-197.

fabricados en la China del siglo XVIII. También poseía vasijas, figurillas humanas en piedra, animales, muchos objetos de *blanc de Chine* y porcelana blanca vidriada procedente de Dehua, en la provincia de Fujian¹¹⁴.

El gusto por las exóticas porcelanas, lacas, abanicos, utensilios y mobiliario chino animó a su imitación en el continente europeo. Si no se podía trasladar la manufactura original, había que recrearla de acuerdo con los patrones estéticos occidentales. Así surgió el estilo chinesco o la chinería (*chinoiserie*), hasta alcanzar su cenit con el movimiento artístico Rococó. Especial atención merecen las lozas chinescas fabricadas en Puebla (México) y Talavera de la Reina, así como la Real Fábrica de Loza Fina y Porcelana de Alcora. Debe reconocerse que los 250 años de comercio impulsado por el Galeón de Manila estimularon el interés de los ceramistas hispanos por imitar la calidad, blancura, refinamiento, brillo, cromatismo, dureza y decoración de la albina pasta china. Tanto interesó este género ornamental que el Rey Carlos III trasladó desde Nápoles a Madrid su taller porcelánico, los artesanos y los moldes en 1759-1760. El taller era conocido por *Real Fábrica de Porcelana del Buen Retiro*, aunque el pueblo la denominó con el sintomático nombre de “La China”. La Sala de Porcelana del Palacio de Aranjuez o la Sala Gasparini situada en el madrileño Palacio Real constituyen un mágico exponente del ornato chinesco en su expresión más delicada.

Así y todo, la chinería española desbordó el mero ámbito de la cerámica, abarcando objetos lacados, como los paneles de motivo chinesco localizados en el Palacio Real de la Granja que, por cierto, se inspiraron en el gabinete chino del Palacio Real de Turín. Otras muestras de chinería pertenecientes a la Corona son el tapiz del Palacio del Pardo, las sillerías tapizadas con tafetanes de inspiración china (Palacio de Aranjuez), la cómoda chinesca de madera lacada perteneciente a Felipe V (Galería de las Colecciones Reales), así como los cánones culturales chinos del exterior (estanque de chinescos en el Palacio de Aranjuez con su templete oriental, originariamente construido por el arquitecto Juan de Villanueva a finales del siglo XVIII, y sus coloridos peces *koi*, representativos de la fortuna y la perseverancia ante las adversidades).

Cabe señalar, por último, que la chinería también se revistió de dramaturgia. El literato Tomás de Iriarte (1750-1791) tradujo y publicó una obra teatral y operística escrita por Ji Junxiang en el siglo XIII. La obra original se titulaba en castellano *La gran venganza del huérfano de la familia Zhao*. Fue el jesuita Joseph H. M. de Prémare quien la tradujo de manera parcial y por primera vez al francés. Al ponerse de moda, se vertió a las principales lenguas europeas, quedando muy desnaturalizada con las traducciones y versiones personales de cada traductor-literato. Iriarte realizó una traducción no literal desde la versión francesa compuesta por Voltaire, publicándola en 1787 y 1805 bajo el título *El huérfano de la China. Tragedia de cinco actos, traducida de verso francés en verso libre castellano*. Otra mistificación de la imagen china es la obra, estrenada en el teatro de los Caños del Peral (Madrid) con motivo de la entronización del rey Carlos IV. Se trató de *La gran fiesta del primer día del año en la China*¹¹⁵.

En conclusión, la sinología española del siglo XVIII experimentó una profunda metamorfosis estructural. Aunque el conocimiento peninsular adoleció de una marcada dependencia epistemológica de textos foráneos —con brillantes excepciones como la gramática de Varo o los escritos de Bustamante y Agote—, el aparato crítico de la Ilustración española logró trascender la mera hagiografía misional. Toda esta evolución del saber sínico maduró a través del filtro analítico de clérigos e ilustrados laicos, en simbiosis con el pragmatismo mercantil de la Real Compañía de Filipinas y el auge estético de la chinería. El gigante asiático dejó de ser un mito lejano para convertirse en un objeto de estudio comparativo y especializado. Así, el Siglo español de las Luces no solo facilitó el acceso intelectual a este territorio, sino que sentó las bases de una interpretación moderna, secular y poliédrica de la realidad china.

La cuestión básica que subyace en el interés dieciochesco por desentrañar las distintas representaciones de este singular país es si valió la pena dar una imagen parcial, sesgada por el eurocentrismo y hasta inexacta. El debate sigue abierto, pero es innegable que el Celeste Imperio penetró de forma transversal en la mente de políticos, eruditos, comerciantes, viajeros, literatos y artistas, desbordando el ámbito de las élites para integrarse en la cultura informativa de las gacetas, mercurios, semanarios y diarios comerciales.

Bibliografía

- Agote y Bonechea, M. de (1787-1796): *Diarios de Cantón*, Mss., Museo Marítimo Vasco.
- Alfonso Mola, M. y Martínez Shaw (2019): El último baluarte: los informes de la Ciudad y del Consulado de Manila sobre la economía en 1788, en Yuste López, C. (coord.) *Nueva España: puerta americana al Pacífico asiático, siglos XVI-XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México: 321-366.
- Anderson, P. (1982): *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI Eds.
- Andrés, J., et al. (1784-1806): *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (trad. Andrés, C.), tomo 1, 1784; tomo 2, 1784; tomo 3, 1785; tomo IV, 1787; tomo VI, 1793, Madrid, Imp. de Antonio de Sancha.
- Astigarraga, J. y Usoz, J. (2007): Una alternativa fisiócrata al Informe de Ley Agraria de Jovellanos. *Revista de Historia Económica / Journal of Iberian and Latin American Economic History* 25(3): 427-458. doi:10.1017/S0212610900000197
- Aullón de Haro, P. (2016): *La Escuela Universalista española del siglo XVIII*, Madrid, Sequitur.
- Balazs, E. (1966): *Civilización china y burocracia china*, Buenos Aires, Sur.
- Bertuccioli, G. (2003): Martino Martini's Grammatica Sinica, *Monumenta Serica*, 51: 629-640.
- Chaunu, P. (1960): *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVI, XVII et XVIII) siècles*, Paris, S.E.V.P.E.N.

¹¹⁴ Lavalle-Cobo, 2003: 212.

¹¹⁵ Cotarelo y Mori, 1897: 272.

- Chesneaux, J. (1987): China in the Eyes of the French Intellectuals, *Journal of the Hong Kong Branch of the Royal Asiatic Society*, 27: 11-29.
- Confucio (2019). *Analectas* (Versión y notas de Simon Leys), Madrid, Edaf.
- Cortes, A. de las (2022): *El otro ultramar. Crónica de un jesuita en China. Relación del padre Adriano de las Cortes del viaje naufragio en Chauqueo de la Gran China* (Edición y estudio preliminar de Caño Ortigosa, J. L. y Lee, F. Y.), Madrid, Sílex.
- Cotarelo y Mori, E. (1897): *Iriarte y su época*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.
- Delgado León, F. (2003): *Lorenzo Hervás. Sus ideas lingüísticas*, Córdoba, Eds. Edisur.
- Dermigny, L. (1964): *La Chine et l'Occident. Le commerce à Canton au XVIIIe siècle 1719-1833*, t. II, Paris, S.E.V. P.E.N.
- Díaz-Trechuelo Spínola, M. L. (1965): *La Real Compañía de Filipinas*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Domínguez Ortiz, A. (1990): *Las claves del Despotismo Ilustrado (1715-1789)*, Barcelona, Planeta.
- Eximeno Pujades, A. (1796): *Del origen y reglas de la música: con la historia de sus progresos, decadencia y restauración* (trad. Gutiérrez, F. A.), tomo I y tomo III, Madrid, Imp. Real.
- Faure-Soulet, J. F. (1974): *Economía política y progreso en el Siglo de las Luces*, Madrid, Eds. de la Revista del Trabajo.
- Feijoo y Montenegro, B. J. (1765-1774): *Theatro Critico Universal, o discursos varios en todo genero de materias para desengaño de errores comunes*, (tomo 1, Madrid, Blas Roman, 1781; tomo 2, Madrid, Imp. Joachin Ibarra, 1769; tomo 3, Madrid, Antonio Perez de Soto, 1765; tomo 4, Madrid, Antonio Perez de Soto, 1753; tomo 5, Madrid, Imp. Joachin Ibarra, 1769; tomo 6, Madrid, Imp. de Gabriel Ramirez, 1765; tomo 8, Madrid, Imp. Antonio Perez de Soto, 1753).
- Feijoo y Montenegro, B. J. (1773-1777): *Cartas eruditas, y curiosas, en que, por la mayor parte, se continúa el designio del Theatro critico universal, impugnando, o reduciendo a dudosas, varias opiniones comunes*, t. 1, Madrid, 1777, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta; t. 5, Madrid, Joachin Ibarra, 1774.
- Feijoo y Montenegro, B. J. (1765): *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Theatro Critico*, Madrid, Imprenta de Antonio Sanz.
- García-Guinea, J., González-Alcalde, J., & Nieto Codina, A. (2013). Estudio y composición de nueve estatuillas chinas y japonesas del Museo Nacional de Ciencias Naturales aportadas por D. Juan de Cuellar en el siglo XVIII. *Arbor*, 189(762), a059. <https://doi.org/10.3989/arbor.2013.762n4010>
- González de Mendoza (1990): *Historia del Gran Reino de la China* (Primera ed., 1585), Madrid, Miraguano/Po-lifemo.
- Hervás y Panduro, L. (1805): *Historia del arte de escribir en la que se da noticia de la invención y progresos de las letras y escrituras de todas las naciones conocidas*, mss. 7807, Biblioteca Nacional de Madrid.
- Hervás y Panduro, L. (1805b): *Carta del abate don Lorenzo Hervás al excelentísimo señor don Antonio Ponce de León, Duque de Montemar, etc. Sobre el tratado del hombre en sociedad, con la cual da fin a su Historia de la vida del hombre*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia.
- Hervás y Panduro, L. (1801): *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, vol. 2, Madrid, Imp. de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia.
- Hervás y Panduro, L. (1794): *Viaje estático al mundo planetario [...]*, 2ª parte, Madrid, Imprenta de Aznar.
- Lavalle-Cobo, T. (2003): El coleccionismo oriental de Isabel de Farnesio, en VV. AA., *Oriente en Palacio. Tesoros artísticos en las colecciones reales españolas*, Madrid, Patrimonio Nacional: 211-214.
- Lundbaek, K. (1976): Una gramática china del siglo XVIII en español" (trad. Carbó, T.), *Estudios de Asia y África*, 11(3): 325-336.
- Lluch, E. y Argemí i d'Abadal. Ll. (1985): *Agronomía y Fisiocracia en España (1750- 1820)*, Valencia. Institución Alfonso el Magnánimo.
- Malaspina, A. y Bustamante, J. F. (1984): *Viaje científico y político a la América Meridional, a las Costas del Mar Pacífico, a las Islas Marianas y Filipinas [...]* Diario de viaje de Alejandro Malaspina, Madrid, Eds. El Museo Universal.
- Martínez Robles, David (2002): Las fuentes españolas sobre China en los siglos XVIII y XIX, en Antón Burgos, F. J. y Ramos Alonso, L. O. (eds.), *Traspassando fronteras: el reto de Asia y el Pacífico*, Vol 1, Asociación Española de Estudios del Pacífico/Universidad de Valladolid: 383-392.
- Morga, A. de (1890): *Sucesos de las islas Filipinas por el doctor Antonio de Morga* (1ª ed., 1609), París, Garnier hermanos.
- Murillo Velarde, P. (1752): *Geographia historica: de Persia, del Mogól, de la India, y sus reynos, de la China, de la Grande Tartaria, de las Islas de la India, y del Japón* (tomo VII), Madrid, Imp. de Manuel de Moya.
- Novo y Colson, P. de (ed.) (1885): *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y Don José de Bustamante y Guerra, desde 1789 a 1794*, Madrid, Imp. de la viuda e hijos de Abienzo.
- Ojeda, A. (2025): *Historia de las relaciones hispano-chinas*, Madrid, Catarata.
- Permanyer Ugartemendía, A. (2015): Una presencia no tan singular: españoles en la economía del opio en Asia Oriental (1815-1843), *Millars: espai i història*, 39(2): 63-87, <http://dx.doi.org/10.6035/Millars.2015.39.4>
- Permanyer Ugartemendía, A. (2012): Españoles en Cantón: los Diarios de Manuel de Agote, primer factor de la Real Compañía de Filipinas en China (1787-1796), *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 7, 523-546.
- Piquer, A. (1745): *Física moderna racional y experimental*, t. 1, Valencia, Oficina de Pasqual García.

- Sanhuesa Fonseca, M. (2009-2013): Eximeno y Pujades, Antonio, en VV. AA., *Diccionario Biográfico Español*, tomo XVIII, Madrid, Real Academia de la Historia: 178-181.
- Sarmiento, M. (1739): *Demostracion critico-apologetica del Theatro Critico Universal, que dio a luz... Fr. Geronymo Feijoo*, t. 1, Madrid, Viuda de Francisco del Hierro.
- Téllez Alarcia, D. (2010): *Absolutismo e Ilustración en la España del siglo XVIII. El despotismo ilustrado de D. Ricardo Wall*, Madrid, Fundación Española de Historia Moderna.
- VV. AA. (2017): *Pensamiento y cultura china. Conceptos clave*, vol. 5, Madrid, ed. Popular.
- Waley-Cohen, J. (1993): China and Western Technology in the Late Eighteenth Century. *The American Historical Review*, 98(5): 1525-1544. <https://doi.org/10.2307/2167065>
- Winand, J. (2023): From Egypt to China: Fantasizing the survival of hieroglyphic writing in the age of Enlightenment, en Boidin, C. *et al.* (dirs.) *Images des langues, langues imaginées*, Paris, Hermann: 321-339.

